

# Mis recuerdos

## Primeros tiempos del Opus Dei en Roma

Este es un libro de historia vivida, que viene a cerrar una «trilogía» en la que se recogen recuerdos lejanos de mis primeros tiempos en el Opus Dei. Los recuerdos más antiguos han sido el tema del libro *Años de juventud en el Opus Dei*, que abarca el período comprendido entre los años 1939 y 1942. Desde noviembre de este último año y hasta noviembre de 1945 permanecí en Roma con Salvador Canals, porque a él y a mí nos tocó en suerte pasar y sufrir en la Ciudad Eterna la última parte de la Segunda Guerra Mundial, cuando el suelo de Italia se convirtió en uno de los escenarios del conflicto. *Memorias de Roma en guerra* es el título de otro libro, que sigue paso a paso las peripecias y aventuras de aquellos inolvidables años.

La historia de la Obra en Roma comienza propiamente en 1946, y a mis recuerdos sobre sus primeros meses –medio año escaso– está consagrado el presente libro. Se trata de un tiempo breve, pero denso en acontecimientos, y entre ellos, en primer lugar, la llegada a Roma del Fundador de la Obra. Es esta circunstancia la que me ha movido a escribir el último libro de la «trilogía», unida, si se quiere, a otra consideración que tiene para mí un peso considerable: soy el único superviviente de los miembros de la Obra que vivieron aquellos comienzos en Roma y siento por ello un cierto deber de conciencia de legar a la posteridad mis impresiones personales sobre este capítulo de la historia del Opus Dei.

# Mis recuerdos

José Orlandis



Primeros tiempos del Opus Dei  
en Roma

José Orlandis

Mis recuerdos

RIALP

ISBN 84-321-3090-7



9 788432 130908

© 1995 by JOSÉ ORLANDIS  
© 1995 by EDICIONES RIALP, S. A.  
Alcalá, 290. 28027 MADRID

MIS RECUERDOS  
PRIMEROS TIEMPOS  
DEL OPUS DEI  
EN ROMA

Fotocomposición: M. T., S. A.  
Fotomecánica: M. T., S. A.

ISBN: 84-321-3090-7  
Depósito legal: M. 32.018-1995  
Impreso y encuadernación en Artes Gráficas Rogar, S. A.,  
Fuenlabrada (Madrid)

Impreso en España - *Printed in Spain*

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

## ÍNDICE

PRÓLOGO .....	13
1. PRELUDIOS .....	17
Los caminos de Roma - El Opus Dei en 1945 - El regreso a la Ciudad Eterna.	
2. TEMPORALES EN EL MEDITERRÁNEO .....	21
Los precedentes bíblicos: desde Jonás a San Pablo - Una aventura en el mar durante la Guerra Civil - El «Plus Ultra» a Filipinas. Cinco días de temporal entre Barcelona y Ná- poles - Salvador Canals en Roma - Acomodo provisional: un piso de la «Obra Pía Espa- ñola».	
3. LA CIRCUNSTANCIA HISTÓRICA .....	29
La aprobación del Opus Dei como institución de Derecho Pontificio - «Cartas de recomen-	

dación» - Revolución en el Colegio Cardenalicio: el Consistorio de febrero de 1946 - Iglesia universal.

4. UN VIAJE FELIZ DE BARCELONA A GÉNOVA ..... 35  
Dificultades de la postguerra - Una tarde con Mons. Eijo y Garay - Con don Alvaro en el «J. J. Síster» - Un conde al volante del coche - La urgencia de llegar a Roma - El paso del Bracco.
5. TREINTA HORAS DE ODISEA ENTRE GÉNOVA Y ROMA ..... 43  
El valor personal de don Alvaro - La vocación de Fernando Delapuepte - Entre bandoleros y diablos de la carretera - La tragedia de los neumáticos - Por fin, en Roma.
6. PIAZZA NAVONA ..... 51  
El primer Centro del Opus Dei en la Ciudad Eterna - En el corazón de la Roma barroca - Una inolvidable convivencia - Don Alvaro del Portillo - Salvador Canals - «El padre de la música».
7. «CARTAS COMENDATICIAS» ..... 61  
Los nuevos cardenales españoles - El resello de la catolicidad - Cardenales de Italia y Europa, de América y África - El Cardenal Frings de Colonia.
8. UNA ACOGIDA CORDIAL ..... 69  
Ciudadanía romana - El «ingeniero» del Por-

tillo, sacerdote - Interés de Pío XII por el Opus Dei - Don Alvaro y Mons. Montini: una larga y cordial relación - Roma, cabeza del Orbe cristiano.

9. LA HISTORIA DE VLADO ..... 77  
El Ateneo Lateranense durante la ocupación alemana - Un encuentro fortuito - La desdichada historia de Zelic Zwiko - Nuestra amistad con Vladimiro Vince y Anton Wurster - Interludio histórico - La primera independencia de Croacia - El Vaticano y el Estado croata - En la Academia Militar de Viena - La hora del peligro - Un tranquilo refugio.
10. LA VOCACIÓN DE VLADO ..... 89  
La primera vocación romana del Opus Dei «Mi manca una scintilla» - La carta en croata - La personalidad humana y espiritual de Vlado - Una vida de servicio - Nuestro último encuentro - La muerte de los dos amigos.
11. DIFICULTADES ..... 97  
Disparidad de opiniones - Las difíciles comunicaciones con Madrid - «Es urgente esperar» - «Con un siglo de anticipación» - El viaje de Florentino Pérez Embid - Lucha política en Italia: ¿monarquía o república? - Regreso a España - La aprobación de la Obra en punto muerto.
12. DECISIONES ..... 105  
Entre Zaragoza y Madrid - En el aeropuerto de Barajas - La llamada de don Alvaro - La

diabetes del Padre - El médico no asume la responsabilidad del viaje - La reunión del Consejo General - Marchar cuanto antes - El encargo de acompañar al Padre en su primer viaje a Roma.

13. DE MADRID A BARCELONA ..... 113

Una noche en Zaragoza - Primera Comunión en Santa Engracia - La visita a la Virgen del Pilar - Romería a Montserrat - Entrevista con el abad Escarré - En el «Paláu», el Padre con sus hijos más jóvenes - La oración del Beato Josemaría en el oratorio de la «Clínica»: *ecce nos reliquimus omnia et secuti sumus Te; quid ergo erit nobis?* - A los pies de la Virgen de la Merced.

14. EL VIAJE EN EL «J. J. SISTER» ..... 123

Mal tiempo: «¿otra vez el invierno?» - Se retrasa la salida - Un angosto y oscuro camarote - Temporal en el golfo de León - El testimonio del «diario de navegación» - Sufrimiento y buen humor - Tres bandas de ballenatos - Una mina a la deriva - Por fin, el puerto de Génova - «¡Tozudo, te has salido con la tuya!»

15. LA LLEGADA A ROMA ..... 133

La primera Misa en Italia del Fundador del Opus Dei - El cortejo fúnebre de Mazzini - El viaje de Génova a Roma - La cúpula de San Pedro - El piso de Piazza della Città Leonina - La primera noche romana del Beato Josemaría.

16. «PRIMORDIA ROMANA» ..... 143

«Ver a Pedro» - Como el sediento junto a la fuente de las aguas - «¡Aquí está el fardo!» - La Bendición del Papa - Tras las huellas de los primeros cristianos - Definitiva despedida.

17. A MANERA DE EPÍLOGO ..... 151

*Este es un libro de historia, donde, por tanto, se narra una sucesión de hechos que se recogen en los libros de más primera mano: en el Opus Dei. Es recordar muy antiguos hechos, como el del viaje de juventud en el Opus Dei, que abarca el período comprendido entre los años 1934 y 1941. Desde entonces de una última vida y hasta noviembre de 1943 permaneció en Roma con Salvador. De más, porque a él y a mi me fue un suceso para y vivir en la Ciudad Eterna la última parte de la segunda Guerra Mundial, cuando el hecho de Italia se convirtió en uno de los escenarios del conflicto. Asimismo, de Roma se fue hacia el al este de otro libro, que sigue para a poner los pensamientos y acciones de aquellos maravillosos años.*

## PRÓLOGO

*Este es un libro de historia vivida, que viene a cerrar una «trilogía» en la que se recogen recuerdos lejanos de mis primeros tiempos en el Opus Dei. Los recuerdos más antiguos han sido el tema del libro «Años de juventud en el Opus Dei», que abarca el período comprendido entre los años 1939 y 1942. Desde noviembre de este último año y hasta noviembre de 1945 permanecí en Roma con Salvador Canals, porque a él y a mí nos tocó en suerte pasar y sufrir en la Ciudad Eterna la última parte de la Segunda Guerra Mundial, cuando el suelo de Italia se convirtió en uno de los escenarios del conflicto. «Memorias de Roma en guerra» es el título de otro libro, que sigue paso a paso las peripecias y aventuras de aquellos inolvidables años.*

*Salvador Canals y yo éramos ya miembros de la*

*Obra cuando, por razones de trabajo profesional, nos trasladamos a Roma en 1942. A lo largo de esos años, tan dramáticos, ocurrieron allí hechos de indudable importancia para la vida del Opus Dei. Durante un mes —entre mayo y junio de 1943— permaneció con nosotros «l'ingegnere del Portillo», como fue llamado entonces don Alvaro, que no sería ordenado sacerdote hasta un año más tarde. Don Alvaro visitó al Papa Pío XII y a buen número de personalidades de la Curia para darles a conocer el Opus Dei y preparar el camino del primer pronunciamiento de la Sede Apostólica sobre la Obra, el «Nihil obstat» otorgado en octubre de aquel mismo año. También Salvador Canals y yo tuvimos ocasión de ser recibidos dos veces por el Papa a lo largo de aquel trienio; y pudimos contribuir, por el mismo hecho de nuestra presencia en Roma, al más cabal y directo conocimiento por parte de la Santa Sede de la labor apostólica llevada a cabo por el Beato Josemaría Escrivá, desde el 2 de octubre de 1928.*

*Aquellos años —entre 1942 y 1945— deben ser considerados, a mi juicio, como tiempos de «prehistoria romana» del Opus Dei. Prehistoria, he dicho, no historia, todavía. La historia de la Obra en Roma comienza propiamente en 1946, y a mis recuerdos sobre sus primeros meses —medio año escaso— está consagrado el presente libro. He querido, deliberadamente limitar mi relato a este período, porque es el último de la que cabría llamar «historia mayor» del Opus Dei del que puedo dar una noticia de primera mano. Se trata de un tiempo breve, pero denso en acontecimientos, y entre ellos, en primer lugar, la lle-*

*gada a Roma del Fundador de la Obra. Es esta circunstancia la que me ha movido a escribir el último libro de la «trilogía», unida, si se quiere a otra consideración que tiene para mí un peso considerable: soy el único superviviente de los miembros de la Obra que vivieron aquellos comienzos en Roma y siento por ello un cierto deber de conciencia de legar a la posteridad mis impresiones personales sobre este capítulo de la historia del Opus Dei.*

*La fuente principal utilizada en este libro —al igual que en «Memorias de Roma en guerra»— son los «diarios» que se vienen escribiendo en todos los Centros del Opus Dei y que, por su proximidad a los acontecimientos que relatan, constituyen un soporte fundamental absolutamente fidedigno.*

J.O.

*«Desde los comienzos de la Obra, el libro de  
rón espiritual, se aproximaba al mundo a comprender  
ca los primeros meses del año 1946. Por tanto, los  
comienzos de la Obra, después de haber sido  
dos etapas: Francia había cerrado la frontera por  
rudo, como un muro, impidiendo la entrada  
de inmigrantes y otros tipos de inmigrantes, pero  
dado lugar a una especie de generalización  
porque absolutamente poder, una posición de fuerza  
que quedaba en el momento de la independencia y  
dentro de la que se podía decir que había una  
hasta el fin natural de sus días terrenales. Los  
no del que eran sus principios, y había que  
expresar lo que se veía para que hubiera un  
con los primeros libros regulares que se publicaron  
España con Italia. Los comienzos del libro de*

# PRELUDIOS

«Todos los caminos llevan a Roma», el viejo dicho español, se encontraba sometido a cuarentena en los primeros meses del año 1946. Por tierra, los caminos romanos desde España estaban bloqueados, porque Francia había cerrado la frontera pirenaica, como un gesto más, superpuesto a la retirada de embajadores y otros signos de enemistad, destinados todos ellos a coaccionar al general Franco para que abandonase el poder, una presión exterior que paradójicamente contribuiría a reforzarle y mantenerle en ese poder durante treinta años más, hasta el fin natural de sus días terrenos. Los caminos del aire eran aún inexistentes, y habría que esperar hasta el verano para que iniciasen sus servicios las primeras líneas regulares que enlazarían a España con Italia. Los caminos del mar serían los

primeros en abrirse, pues —tal como se verá más adelante— a finales de febrero se inauguró un servicio semanal entre Barcelona y Génova; pero a comienzos de año esas comunicaciones tampoco existían. Estas eran las circunstancias, bien poco favorables, en que era preciso que algunos miembros del Opus Dei se trasladasen lo antes posible a Roma. El momento histórico que vivía la Obra así lo demandaba.

A finales de 1945, Salvador Canals y yo, que habíamos permanecido aislados en la Ciudad Eterna durante tres años, pudimos regresar a España. Recuerdo la grata impresión que me causó el desarrollo conseguido por el Opus Dei durante aquellos años de ausencia. Los miembros de la Obra se contaban ya por centenares y conocí un montón de caras nuevas. La Obra se hallaba presente de modo estable en las principales ciudades españolas: Madrid, Barcelona, Valencia, Zaragoza, Sevilla, Granada, Santiago, Valladolid, Bilbao... Los tres primeros sacerdotes habían sido ordenados en el mes de junio de 1944 y un segundo grupo más numeroso se preparaba para recibir en fecha próxima la ordenación sacerdotal. Y todavía más: la expansión al extranjero estaba a la vista. Era un hecho que la Segunda Guerra Mundial, todavía tan reciente, había impedido la extensión del Opus Dei a otros países. Pero estaba a punto de iniciarse la labor apostólica en Portugal y con la llegada de la paz se forjaban ya planes para el establecimiento de la Obra en varias naciones de Europa.

Un aroma de madurez se percibía así por doquier

y el Fundador —el Beato Josemaría Escrivá— advertía claramente que era llegado el momento de que el Opus Dei —que había nacido católico, universal—, alcanzada ya una indudable mayoría de edad, obtuviera en la Iglesia el rango de institución de Derecho Pontificio. Para conseguirlo, era preciso solicitar de la Santa Sede la aprobación prevista en el Ordenamiento eclesiástico, y había que hacerlo pronto, al paso de Dios que marcaba el propio desarrollo de la Obra. Las decisiones concretas se tomaron de inmediato: Salvador Canals trataría de regresar a Roma lo antes posible, en la segunda quincena de enero. Un mes más tarde habría de ir don Alvaro del Portillo, el hijo fidelísimo del Padre que la Providencia mantuvo a su lado durante cuarenta años y que, venido el tiempo, había de ser su primer sucesor. Con don Alvaro marcharía también yo, retenido todavía en España durante algunas semanas por razones de orden académico. Un nuevo capítulo de la vida del Opus Dei en Roma iba a abrirse con la llegada de Salvador, tras un viaje marítimo —antes de que los caminos del mar fuesen propiamente abiertos— que tuvo ribetes de epopeya y que bien se merece un recuerdo especial en capítulo aparte.

## TEMPORALES EN EL MEDITERRÁNEO

«El Mediterráneo no es más que un arroyuelo», la metáfora de un poeta inglés, resulta válida para muchos días del año en que navegar por las aguas azules y tranquilas del Mar Latino ha sido desde tiempo inmemorial —y sigue siendo hoy— una pura delicia. Pero el Mediterráneo de las mansas aguas me trae también a la memoria el consejo que oí más de una vez de labios de un buen amigo: «¡Guárdate de la ira del manso!» Y es que el «Mare Nostrum» de tiempo en tiempo se desmelenza y puede convertirse en teatro de furiosos temporales, que nada tienen que envidiar a los que azotan los anchos y abiertos océanos del Orbe. Un temporal de primera magnitud se desencadenó en enero de 1946, y cogió de lleno el buque en que Salvador Canals viajaba de regreso a Italia.

Los temporales mediterráneos son tan famosos que han quedado incluso inscritos en las páginas inmarcesibles de la Sagrada Escritura. Ya en el siglo VIII antes de Cristo, Jonás, el profeta que huía de Dios, sufrió la tremenda borrasca que se abatió sobre la nave en que viajaba desde Jaffa hacia Tarsis, y que sólo amainó cuando el profeta fue arrojado a las aguas (cfr. Jn I, 3-15). Muy dura fue la tormenta que sufrió san Pablo, avanzando el otoño del año 60, cuando era conducido a Roma, a bordo de una nave alejandrina, para comparecer ante el tribunal del César. El minucioso relato de san Lucas en los «Hechos de los Apóstoles» nos informa de que durante muchos días no pudieron verse el sol ni las estrellas y los vientos huracanados y olas furiosas arrastraron la nave desde las costas de Creta hasta la isla de Malta (Act XXVII, 13-44). Yo mismo, que soy de isla y conocí una época en que todos los viajes al Continente se hacían por mar, tengo reiterada experiencia de malas travesías; pero guardo sobre todo el recuerdo de un temporal memorable que quisiera evocar aquí como lejano precedente del que sirve de tema a este capítulo de nuestra historia y de otro, en el siguiente mes de junio, desencadenado durante un viaje de trascendencia histórica para el futuro del Opus Dei.

La primera experiencia de lo que puede ser un gran temporal mediterráneo la sufrí en noviembre de 1938, en un viaje desde Cádiz a la isla de Mallorca. Estábamos aún en plena Guerra Civil y acababa de obtener la estrella de alférez provisional, tras un cursillo de dos meses en el acuartelamiento de la

Legión de Dar Riffien, cerca de Ceuta. Con otro compañero de promoción, que llegaría a general del Ejército —Juan Coll de San Simón— había conseguido cruzar el Estrecho y viajar hasta Cádiz. Teníamos la esperanza de encontrar en el puerto algún buque que pudiera llevarnos a Palma de Mallorca, sede del mando del Regimiento al que debíamos incorporarnos. La fortuna nos sonrió, pues en la Comandancia de Marina supimos que estaba previsto que aquella misma noche zarpase rumbo a las Baleares un viejo carguero, el «Castillo de Coca» y las autoridades portuarias nos autorizaron a embarcar en él. Presentamos el pasaporte militar al Capitán, un viejo lobo de mar, que accedió a recibirnos a bordo, si nos conformábamos con la precaria hospitalidad que podía ofrecernos: a falta de camarotes —que no los había— tendríamos que viajar en la cámara, compartiendo un estrecho, pero largo, diván sobre el que, tendidos en sentido longitudinal y arropados por nuestros capotes de campaña trataríamos de descansar lo mejor que pudiésemos. A nuestros veinte años y habituados a las incomodidades de la guerra, la oferta nos pareció espléndida y aceptamos encantados. Entrada la noche, el carguero largó las amarras y se adentró por las aguas oscuras del golfo de Cádiz.

La mañana siguiente trajo algunas novedades. Estábamos a la vista del Peñón de Gibraltar y un viento de levante cada vez más duro levantaba un fuerte oleaje de proa. Otra sorpresa fue que durante la noche el «Castillo de Coca» había cambiado de nombre: ahora llevaba el de «Caravaggio», pintado

en el casco de modo bien visible: un ardid de guerra frecuente y poco original. El capitán nos dijo que el viaje sería largo, porque el barco andaba poco y tendríamos que navegar con rumbo este hasta la altura de Argel, y aguardar allí la autorización del Mando naval para poner rumbo norte y dirigirnos a Mallorca. La razón era evitar aproximarse a la costa republicana y en especial a Cartagena, la base naval donde se hallaba concentrada la flor y nata de la flota enemiga. Pero apenas llegados a aguas mediterráneas, el temporal se desató con violencia tremenda. No recuerdo los días que duró la borrasca; el pobre carguero danzaba de modo increíble, zarrandeado por las olas, y a menudo teníamos que agarrarnos con fuerza a puntos de apoyo seguros para no rodar por los suelos. Cuando vimos al gato de a bordo vomitando por el mareo, comprendimos que no podíamos pedir signo más elocuente de que aquel temporal se pasaba de raya. Por fin, el capitán nos comunicó que, sin llegar a la prevista altura de Argel, poníamos rumbo hacia las Baleares, aun arriesgando la vecindad de Cartagena, en la confianza de que no habría buque enemigo que con aquel tiempo tratara de interceptarnos. Y así ocurrió, de manera que pudimos fondear sin ningún contratiempo en la bahía de Palma. Tal vez los prácticos se sorprendieran al ver que el «Castillo de Coca» llevaba todavía pintado en el casco el nombre de «Caravaggio». Las peripecias vividas hasta última hora no habían dejado tiempo a la tripulación para devolver al barco su auténtica identidad.

Más de siete años habían transcurrido desde

aquella aventura marítima de tiempo de guerra cuando Salvador Canals embarcó en el puerto de Barcelona con destino a Italia. Una feliz oportunidad hizo posible su viaje, cuando todavía no existía línea regular alguna. La colonia española en Filipinas había sufrido muchas penalidades bajo la ocupación japonesa, durante el último período de la guerra en el Pacífico, y el gobierno de España decidió enviar un buque a Manila, para permitir la repatriación de cuantos ciudadanos de nuestro país así lo desearan. El barco fletado para este viaje fue el «Plus Ultra», de la Compañía Transmediterránea, y estaba previsto que hiciera una primera escala en Nápoles, en su larga navegación rumbo a Suez y al Extremo Oriente. Algunos españoles que deseaban trasladarse a Italia pudieron conseguir pasaje hasta aquel puerto.

La travesía desde Barcelona a Nápoles duró cinco días, desde el miércoles 23 de enero hasta las once de la noche del domingo 27, cuando el «Plus Ultra» consiguió alcanzar la bahía de Nápoles. El formidable temporal que se desató apenas salidos del puerto de Barcelona hizo que a las cuarenta y ocho horas de navegación el buque no hubiera conseguido llegar a la altura de las Islas Baleares. Entre el pasaje hubo algunos heridos, como el religioso español P. Goyeneche. Era este un canonista muy conocido en la Curia romana y cometió la imprudencia de asomarse a cubierta en pleno temporal. Un golpe de mar le derribó y milagro fue que no lo arrojara al mar; pero rodó por el suelo y se fracturó un brazo.

Salvador, que no se mareaba, fue uno de los tres o cuatro viajeros que no dejaron de acudir regularmente al comedor; otro era un ingeniero naval, que amenizaba almuerzos y cenas con sus «reconfortantes» predicciones. Lo más probable —decía— era que el buque se hundiera, porque el «Plus Ultra» padecía un defecto de construcción: estaba mal calculado y tenía desplazado el centro de gravedad. Alguna ola monstruosa podía hacer que la nave «cabecease» tanto que ya no pudiera enderezarse y siguiera «cuesta abajo» hacia el fondo del mar. Era, ni más ni menos, lo ocurrido a principio de siglo con el crucero «Reina Regente», que desapareció en el Atlántico sin que hubiera un solo superviviente que pudiera contar el naufragio, ni de la tripulación ni de la misión oficial española que transportaba a Marruecos. Por fortuna, los augurios del ingeniero no se cumplieron y el lunes 28 de enero por la mañana los pasajeros del «Plus Ultra» pudieron desembarcar en Nápoles sanos y salvos, aunque alguno más o menos descalabrado. Las únicas víctimas fueron las reses vivas encerradas en el sollado del buque, destinadas a ser sacrificadas a lo largo de los meses que duraría el viaje de ida y vuelta y que habrían de servir para que tripulantes y viajeros pudieran comer carne fresca: a la llegada a Nápoles todas las reses habían muerto, a consecuencia de los golpes recibidos durante el temporal.

Salvador Canals y Rafael Calvo Serer, que también había conseguido pasaje en el «Plus Ultra», llegaron a Roma el mismo día 28 por la tarde. El 30 por la mañana Rafael siguió viaje a Suiza en uno de

aquellos taxis o coches particulares dedicados al transporte de viajeros, que eran entonces, prácticamente, los únicos medios para poder desplazarse dentro de Italia. En Roma, Salvador se alojó en la Pensión Francini, en el número 146 de via Véneto, y acometió de inmediato la empresa, verdaderamente ardua en aquellos tiempos de postguerra, de encontrar una vivienda donde poder alojarnos cuando un mes más tarde, tal como estaba planeado, don Alvaro del Portillo y yo llegásemos a Roma. Tras muchas gestiones infructuosas, Salvador pudo conseguir una solución a corto plazo: instalarnos provisionalmente en un piso perteneciente a la llamada «Obra Pía Española».

La «Obra Pía» es la persona jurídica titular de la propiedad de un buen número de inmuebles emplazados en los barrios antiguos de Roma. Se trata de una reliquia de los tiempos en que España era la gran potencia católica. Entonces poseía manzanas enteras de edificios así como dos iglesias, San Giacomo degli Spagnoli, perteneciente a la Corona de Castilla, y Montserrat, hoy iglesia nacional española y que antes era la propia de la Corona de Aragón. Otro legado de esa hegemonía que ha sobrevivido hasta fecha bien reciente, era el derecho a tener en el Tribunal de la Rota Romana dos auditores —uno por cada Corona— mientras los demás países con representación en la Rota —Francia, Alemania, Austria, Polonia, Estados Unidos...— no tenían más que uno. En sus inmuebles, la «Obra Pía» tenía muchos pisos arrendados, la mayor parte a inquilinos italianos. Daba la casualidad de que uno de los

pisos se hallaba de momento vacante, el de un funcionario que no regresaría de España hasta el mes de junio. El Administrador de la «Obra Pía» se lo ofreció a Salvador. El piso estaba amueblado y disponía del menaje necesario para comenzar a vivir de inmediato. Se trataba, obviamente, de una solución transitoria, pero que permitía resolver durante algunos meses el problema de la vivienda y dar así tiempo para conseguir un acomodo más definitivo. Salvador aceptó la oferta con las condiciones puestas por el Administrador y en aquel piso puede decirse que se estableció el primer Centro del Opus Dei en Roma. La entrada en el edificio era por el número 49 del Corso del Rinascimento; pero los huecos de nuestra casa —un balcón y varias ventanas— se abrían sobre la incomparable Piazza Navona.

## LA CIRCUNSTANCIA HISTÓRICA

El 16 de febrero de 1946, Salvador Canals recibió un telegrama de don Alvaro del Portillo anunciándole que el día 25 él y yo embarcaríamos en Barcelona con destino a Génova y rogándole que fuese a recogerlos a este puerto, para continuar desde allí viaje hacia Roma. El telegrama, esperado con impaciencia por Salvador, daba por fin la fecha exacta en que iba a dar comienzo la misión que, por encargo del Fundador de la Obra, había de cumplir don Alvaro en la Ciudad Eterna: solicitar a la Santa Sede la aprobación que confiriese al Opus Dei la condición de institución de Derecho Pontificio; era lo que demandaba el sentido de catolicidad que la Obra tuvo desde sus mismos orígenes y el grado de desarrollo que había alcanzado la labor.

Como la mayoría de mis posibles lectores no tie-

nen por qué ser expertos en temas de Derecho Canónico, parece oportuno, pensando en ellos, aclarar unas pocas nociones previas. La primera puede ser que la aprobación pontificia de la Obra que se solicitaba a la Santa Sede llevaba en el lenguaje eclesiástico la denominación de «*Decretum laudis*» —Decreto de alabanza— una expresión que quizás parezca un tanto curiosa, pero que tiene un sentido técnico bien preciso. Un segundo punto a tener en cuenta es que, en el Derecho entonces vigente, el «*Decretum laudis*» había de concederlo la Congregación de Religiosos, único dicasterio de la Curia romana capaz de otorgar la aprobación pontificia. Un tercer punto merece todavía ser aclarado; en las próximas páginas se hablará una y otra vez de «cartas comendaticias»: ¿qué pueden ser semejantes cartas? La respuesta es bien sencilla: cartas de recomendación. En la Iglesia ocurren algunas cosas que tal vez no resulten fáciles de entender a los profanos, habituados a las prácticas usuales en la sociedad civil. En ésta, las cartas de recomendación, con vistas a obtener algo que se desea —desde un aprobado a un empleo—, se escriben a menudo, pero casi siempre de modo un poco vergonzante, como un expediente cuando menos poco elegante. En la Iglesia, por el contrario, estas «cartas de recomendación» son exigidas cuando se aspira a conseguir de la Santa Sede la aprobación papal de una determinada institución. Las «cartas comendaticias» las suscriben obispos diocesanos, que conocen la labor que esa institución realiza. Su sentido es

hacer presente a la Santa Sede que aprueban y apoyan la demanda presentada por el fundador.

En un mes —entre enero y febrero— se visitó a buen número de obispos españoles, para informarles de la petición de aprobación del *Opus Dei* que iba a presentarse a la Santa Sede, por si estimaban oportuno entregar una «carta comendaticia». La respuesta fue sorprendente: más de 60 obispos —la práctica totalidad del episcopado español— enviaron al Fundador sus cartas, para que don Alvaro pudiera llevarlas a Roma junto con la solicitud del «*Decretum laudis*». Fue un auténtico plebiscito que puso bien de manifiesto cuál era el sentir de los obispos españoles ante la Obra: un plebiscito tanto más significativo estando aún reciente la «contradicción de los buenos», así llamada por el Fundador del *Opus Dei*, porque actuaban pensando que prestaban un servicio a Dios.

Mientras en España ultimábamos los preparativos del viaje, Roma era escenario de un solemne acontecimiento de evidente trascendencia para la vida de la Iglesia: el día 18 de aquel mes de febrero el Romano Pontífice celebró consistorio público en el que fueron creados treinta y dos nuevos cardenales. Pío XII había sido elegido Papa en el mes de marzo de 1939. Pocos meses después estallaría la Segunda Guerra Mundial, que iba a prolongarse durante casi seis años y, mientras duró el conflicto, el Papa no nombró ningún cardenal. Por aquel entonces seguía todavía en vigor la normativa, establecida en el siglo XVI, según la cual el Colegio Cardenalicio estaba integrado por un número máximo de

70 miembros. Los años transcurridos sin ninguna creación cardenalicia habían hecho que se redujera de modo muy considerable la cifra de cardenales vivos: 38 quedaban tan sólo a finales de 1945. Pío XII procedió entonces a un nombramiento masivo destinado a cubrir todas las vacantes; pero ese nombramiento, además de su importancia numérica, representó una trascendental innovación, porque vino a alterar el tradicional criterio de composición del Sacro Colegio. Este, desde que finalizó el Cisma de Occidente en el siglo XV, había contado siempre con una mayoría absoluta de italianos; esa mayoría había sido antes de franceses, durante los 70 años del Pontificado de Aviñón. Ahora, aprovechando el gran número de vacantes, Pío XII hizo una promoción que bien merecía calificarse de «revolucionaria»: nombró 28 no italianos y sólo 4 italianos. De aquellos 28, cuatro eran norteamericanos, tres españoles, tres franceses, tres alemanes, dos brasileños y el resto de trece países más, uno por cada país. El Colegio Cardenalicio pasaba a contar así con una mayoría de miembros no italianos y venía a reflejar de modo más genuino la catolicidad de la Iglesia.

Esta era la circunstancia histórica por que atravesaba la Iglesia cuando don Alvaro se disponía a emprender viaje y yo a acompañarle. Una feliz coincidencia hizo posible que marchase con él: fue un providencial cambio en el plan de estudios de las Facultades de Derecho españolas. En noviembre de 1945, al regresar de los tres años de guerra vividos en Italia, me había incorporado a la cátedra de la

Universidad de Zaragoza, para la que había sido nombrado en virtud de un concurso de traslado. Al llegar a España me encontré con que mi asignatura de Historia del Derecho, una disciplina que tradicionalmente se cursaba en primer año de carrera —como volvería a ocurrir algún tiempo más tarde—, había sido dividida en dos cuatrimestres, uno en el primer curso y el otro en el cuarto curso de la Licenciatura. La consecuencia inmediata de la reforma era que en aquel curso 1945-1946 mi labor docente terminaba en febrero y no me tocaba reanudar las clases hasta el mes de octubre: hacer exámenes en junio era la única tarea académica que me correspondía realizar durante los ocho meses siguientes. Estas «vacaciones» extraordinarias iban a permitirme vivir de cerca el importante período de la historia de la Obra en Roma que trataré de relatar en los siguientes capítulos.

## UN VIAJE FELIZ DE BARCELONA A GÉNOVA

Viajar al extranjero a comienzos del año 1946 no era empresa fácil para el ciudadano español. Además de la ya recordada dificultad de comunicaciones, existían obstáculos de otro orden, que tampoco eran de poca monta. Estoy refiriéndome a los trámites burocráticos que era preciso cumplimentar para poder cruzar la frontera, residuo en buena parte de las restricciones impuestas por la reciente Guerra mundial. Obtener el pasaporte era ya de por sí una compleja operación en la que se requería aportar desde la partida de nacimiento al certificado de penales, y los que se hallaban en edad militar la indispensable autorización de la autoridad castrense; y el pasaporte debía contar necesariamente con el «visado de salida», que tenía su propia tramitación, y era preciso obtener un mínimo de divi-

sas, a través del Instituto de moneda extranjera. Todavía, como es natural, había que conseguir el visado de entrada en el país de destino, en este caso Italia; pero como Italia se hallaba aún bajo un régimen especial, con una Comisión Aliada de control, esta autoridad había de decir también su palabra y otorgar el correspondiente «navicert», para el transporte por mar de personas y mercancías a la península italiana.

Don Alvaro llegó a Barcelona procedente de Madrid el jueves, 21 de febrero; hacía falta estar en esa ciudad, punto de partida del viaje marítimo, con algunos días de antelación, para realizar gestiones y cumplir trámites que habían de ser resueltos necesariamente allí. Yo llegué el viernes, 22, y, como don Alvaro, me alojé en la «Clínica», un piso en que vivían varios miembros del Opus Dei y que ocupaba la mitad de una de las últimas plantas de un inmueble, en la parte alta de la calle de Muntaner. La denominación de «Clínica» no significaba que allí hubiera enfermos hospitalizados, sino que obedecía al hecho de que varios de los residentes —Juan Jiménez Vargas, Alfonso Balcells...— eran médicos y en un entresuelo del mismo edificio habían montado una consulta y un pequeño laboratorio. La dirección de la «Clínica» era fácil de recordar: Muntaner 444.

El domingo, 24, desembarcó en el puerto de Barcelona de regreso de Italia una peregrinación española —la primera de la postguerra—, que había viajado a Roma para asistir a la imposición de capelos a los 32 nuevos cardenales. Habían hecho el viaje

de ida y vuelta por mar, desde Barcelona al puerto de Civitavecchia, el más cercano a Roma, en un buque cuyo recuerdo ha quedado en cierto modo ligado a la historia de la Obra: el «J. J. Síster». Al frente de la peregrinación venía el obispo de Madrid-Alcalá, don Leopoldo Eijo y Garay, el prelado que otorgó la primera aprobación al Opus Dei, institución que había nacido en la capital de España y de su diócesis, el 2 de octubre de 1928. Don Leopoldo profesaba grandísimo afecto a la Obra, y en particular a su Fundador, el Beato Josemaría. Fue don Alvaro a saludarle a la llegada del barco, a primera hora de la tarde, y don Leopoldo se vino con él a la Clínica, donde se entretuvo muy a gusto hasta las 8 de la noche, contando por menudo todos los acontecimientos ocurridos en Roma durante su estancia en la Urbe. Recuerdo que el obispo hablaba con admiración del Papa y decía que Pío XII, por el solo hecho de haber roto una tradición plurisecular, nombrando cardenales a pastores de todo el mundo, se merecía un lugar de honor en la historia de la Iglesia.

Llegó por fin el lunes, 25 de febrero, la fecha fijada para emprender el viaje marítimo con destino a Italia. Este viaje inauguraba una línea regular entre Barcelona y Génova, y el barco destinado a cubrirla era el «J. J. Síster», el mismo que había llegado la víspera de Civitavecchia. Como este buque volverá a aparecer más de una vez en estas páginas parece obligado dedicarle unas breves palabras de «presentación». Pertenecía a la Compañía Transmediterránea y era, en términos técnicos, un

«buque motor», que medía en números redondos 86 metros de eslora y 11 de manga, y desplazaba 1.524 toneladas de arqueo total. Había sido construido en Italia, en 1896, en los astilleros Odero, de Sestri Ponenti, de manera que por su edad —medio siglo— podía considerarse un «veterano» de los mares. ¡Ah!, y aseguraban además que era un barco «marinero», lo que equivalía a decir que navegaba bien, pero tenía fama de saltarín. El «J. J. Síster» salió de Barcelona a las 11 de la mañana y la duración prevista del viaje era de algo más de 24 horas. La travesía, pese a la estación invernal en que nos hallábamos, fue muy feliz, con mar tranquila y sin ningún incidente. Sobre las 5 de la tarde del martes 26 de febrero nuestro barco atracaba a los muelles de Génova, donde Salvador, con la consiguiente alegría, nos esperaba impaciente al pie de la pasarela.

No fueron pocas las dificultades que tuvo que vencer Salvador, para poder recibirnos al llegar al puerto de Génova. Viajar por Italia era en aquel entonces una auténtica aventura, pues no podía pensarse en recurrir a los servicios públicos, poco menos que inexistentes. Necesitaba Salvador alquilar un coche para trasladarse a Génova y regresar con nosotros a Roma; pero los precios que pedían los que se dedicaban a esas actividades de transporte de viajeros estaban por encima de los modestos recursos de que disponía. Por fin, consiguió entrar en contacto con un joven conde, propietario de un automóvil Fiat 1500, que se ofreció a realizar el viaje de ida y vuelta por la cantidad relativamente

módica de 25.000 liras. En la madrugada del lunes, 25, Salvador y el conde salieron de Roma y tardaron veinte horas en llegar a Génova. El viaje fue muy accidentado, porque las carreteras, sin reparar desde hacía varios años y en las que habían dejado marcadas sus huellas las orugas de los tanques y el tráfico de los convoyes militares, se hallaban en deplorable estado. Peor era todavía, si cabe, el estado de los coches, todos ellos de tiempos anteriores a la última guerra. Su punto más débil era, sin duda, los neumáticos, pues la escasez de caucho había impedido desde hacía años su renovación a los propietarios de coches particulares. Aquellos automóviles «descalzados» caminaban gracias a unos neumáticos «recauchutados», que podían fallar en cualquier momento. Tres de las ruedas del coche del conde pincharon o reventaron en el trayecto entre Roma y Génova y en las obligadas maniobras, de recambio se inutilizaron los dos «crics» —los «gatos»— que para esos trances llevaba en el maletero. Por esas razones, era ya muy avanzada la noche cuando los viajeros consiguieron llegar a Génova y, como no dieron con ningún hotel que se prestara a acogerles, durmieron como pudieron dentro del mismo coche, aparcado en una plaza del centro urbano.

Apenas con los pies en tierra y después de los primeros saludos, don Alvaro le hizo a Salvador una inesperada pregunta: «¿Te parece que podríamos salir enseguida, viajar durante la noche y así estar en Roma mañana a primera hora?» Confieso que la pregunta de don Alvaro me cogió totalmente

por sorpresa: nada me había insinuado durante la travesía marítima y yo estaba convencido de que pasaríamos la noche en Génova y saldríamos hacia Roma al día siguiente por la mañana. ¿Cuál era la razón de la prisa de don Alvaro por llegar a Roma? Como ya supondrá el lector no era un antojo, sino que obedecía a una razón directamente relacionada con el gran negocio que le llevaba a la Ciudad Eterna.

La petición de aprobación pontificia del Opus Dei, que debía presentar a la Santa Sede, venía respaldada —como ya se dijo— por las «cartas commendaticias» de todo el episcopado español. Se trataba, sin duda, de algo enormemente positivo, pues ponía de manifiesto, de manera inequívoca, la actitud de los obispos de España ante la Obra. Pero esta clamorosa unanimidad encerraba también un riesgo: podía hacer aparecer a la Obra, en su «presentación oficial» ante la Curia romana, como una institución signada con un fuerte marchamo de «españolidad». Una nota de «españolidad» del Opus Dei, en Roma no hubiera chocado a nadie. Mas por eso mismo no convenía dar motivos para que la Curia romana se formase una tal opinión, por múltiples razones, pero sobre todo por una: porque hubiera sido falsa, porque el Opus Dei no era realmente así, sino que su espíritu fue, desde los comienzos, universal y sus horizontes estuvieron abiertos, desde siempre, a toda la redondez de la tierra. Y esa universalidad era un rasgo esencial de su propio carisma, aunque la Guerra civil española y luego la Guerra mundial hubieran impedido la

expansión a otros países, que el Fundador proyectaba iniciar en el mismo año 1936. En Roma, los nuevos cardenales creados en el reciente Consistorio estaban ya retornando a sus respectivas sedes: por esa razón, don Alvaro deseaba llegar cuanto antes allí, con la esperanza de que alguno de los nuevos purpurados que todavía permaneciese en la Ciudad Eterna accediera a entregar una «carta commendaticia». En aquella circunstancia sería un gesto muy conveniente, pues contribuiría a evidenciar ante la Santa Sede el carácter universal que siempre tuvo la Obra.

A la propuesta de don Alvaro respondió Salvador que preguntaría al conde si se sentía con ánimos para pasar la noche al volante del automóvil. Contestó el conde que sí, a condición de poder descabezar un sueño a mitad de camino. Pero fue entonces Salvador quien apuntó una nueva dificultad: «con la hora que es —dijo— no sé si llegaremos al Bracco a tiempo de alcanzar el convoy». Y aclaró a continuación el sentido de sus palabras. El paso del Bracco es un paso de montaña en el corazón de los Apeninos ligures; no es un paso a gran altura pero sí muy largo, de varias decenas de kilómetros, y está cubierto además de tupidos bosques. El Bracco se había convertido entonces en una auténtica guarida de bandoleros, bien pertrechados con armas provenientes de la pasada guerra, y que asaltaban a diario camiones de transporte y coches particulares, obteniendo buen botín con sus rapiñas. Mientras duraba la luz del día, por el Bracco podía transitarse con relativa seguridad. De noche, la circulación de co-

ches no estaba prohibida, pero la policía no se hacía responsable de lo que pudiera ocurrir. Mas con el fin de ofrecer una cierta garantía a quienes tuvieran necesidad de atravesar el paso durante las horas de oscuridad, bastante prolongadas aún en el mes de febrero, se organizaban un par de convoyes fuertemente protegidos que salían del uno y otro extremo del puerto, el uno sobre las nueve de la noche y el otro a primeras horas de la madrugada. Salvador quería decir que, dada la hora en que íbamos a emprender viaje, dudaba de que pudiéramos alcanzar el primer convoy, que era el único que nos interesaba, si queríamos llegar por la mañana a Roma. «Vamos a ver», se limitó a contestar don Alvaro.

## TREINTA HORAS DE ODISEA ENTRE GÉNOVA Y ROMA

Era ya noche cerrada y llovía intensamente cuando don Alvaro, Salvador y yo, con el conde al volante del automóvil, salimos de Génova con destino a Roma. Las incidencias del viaje han podido ser reconstruidas con fidelidad porque quedaron minuciosamente registradas en las páginas del «diario», escritas el mismo día de la llegada a la Ciudad Eterna. Recorrimos sin especial dificultad la primera etapa del camino, hasta el control de policía establecido al comienzo del paso del Bracco. Preguntamos a los «carabinieri» por el convoy y nos contestaron que hacía ya rato que había salido. Había pues que decidir entre dos opciones: esperar hasta la madrugada a que saliera el segundo convoy —lo que equivalía a renunciar a estar en Roma al romper el día— o bien lanzarnos a la aventura de

cruzar el Bracco solos, por nuestra cuenta y riesgo. Como es natural, correspondía a don Alvaro tomar la decisión, y Salvador le preguntó: «¿qué hacemos?»; don Alvaro reflexionó un momento y respondió sin vacilar: «sigamos adelante».

Llegados a este punto, el lector sabrá perdonarme una breve digresión. A raíz de la muerte de don Alvaro, se han puesto de relieve algunas de las virtudes y rasgos humanos que conformaron su inolvidable personalidad, y que eran ya bien notorios desde mucho tiempo atrás a cuantos tuvieron la posibilidad de conocerle y tratarle. En la historia del Opus Dei, don Alvaro quedará siempre como ejemplo de lealtad al Fundador, como paradigma de hijo bueno y fiel. Los que vivieron cerca de él pudieron admirar también su preclara inteligencia, su humildad sincera y amable, la inmensa bondad con que acogía a todo el mundo y que invitaba al interlocutor a abrirle el alma. Hay pruebas insignes de la fortaleza y el valor moral con que afrontó incontables contradicciones y sufrimientos, interponiéndose él mismo para que recayeran sobre él muchos golpes dirigidos contra el Fundador de la Obra. Pero hay un rasgo menos conocido del perfil humano de don Alvaro y que quisiera destacar precisamente ahora, en este momento del relato: la valentía.

Don Alvaro fue, desde joven, un hombre valiente. Tras su fallecimiento se ha exhumado una vieja fotografía en la que aparece con la cabeza vendada. Es de fecha anterior a su incorporación a la Obra y trae a la memoria la herida que sufrió el 4 de febre-

ro de 1934. En aquellos años de la II República, hacía falta verdadero valor para ir a impartir una catequesis a niños en el barrio madrileño de Vallecas, entonces un suburbio miserable donde se respiraba un aire enrarecido de odio contra la religión y la Iglesia; el clima que dos años más tarde sería culpable de los miles de asesinatos perpetrados en Madrid, sin otra causa que el odio ciego contra la Fe. Alvaro y un par de compañeros fueron brutalmente agredidos, y él recibió un fuerte golpe en la cabeza con una llave inglesa, que le produjo una herida de la que tardó varios meses en reponerse. Unos episodios, todavía, del comportamiento de don Alvaro, constituyen otra buena muestra de su valor personal. Eran recuerdos que conservaba Fernando Delapiente, y a él se los oí contar más de una vez.

Fernando era ingeniero industrial desde antes de la Guerra civil, y cuando le conocí, en febrero de 1940, trabajaba en la empresa «Ebro, Azúcares y Alcoholes», como director de la Azucarera de Terror, cerca de Calatayud. Más tarde, Fernando fue catedrático de la Escuela de Ingenieros Industriales de Madrid, pero al cabo de algunos años abandonó el ejercicio de la ingeniería, para dedicarse a lo que realmente le apasionaba: la pintura. Fernando Delapiente, que falleció en noviembre de 1975, llegó a ser uno de los pintores españoles importantes de su época, y entre los más de mil cuadros que ha dejado figuran magníficos retratos y las espléndidas series de paisajes urbanos de Italia, París y Madrid, así como marinas y paisajes castella-

nos. Delapiente tenía una fuerte personalidad, con un rasgo muy destacado: era un hombre de finísimo humor, pero de un humor en apariencia serio, con una gracia personal inimitable.

Fernando Delapiente pidió la admisión en el Opus Dei a comienzos del año 1940. Alvaro del Portillo le había tratado cuando coincidieron los dos en la misma unidad militar al final de la Guerra española, y fue él quien le dio a conocer la Obra y le planteó la cuestión vocacional. Fernando mandaba una compañía de Ingenieros que tras el término de las operaciones militares quedó acuartelada en Olot, la pequeña ciudad gerundense situada en las estribaciones del Pirineo catalán; Alvaro, alférez provisional, era el único oficial de la compañía. Jefe y oficial pasaban muchas horas juntos, y por las tardes solían salir a pasear a caballo. En estos recorridos ecuestres, Alvaro le daba a conocer a Fernando la vocación a la Obra y le animaba para que se decidiera a entregarse a Dios. Fernando, años después de haberse incorporado a la Obra, explicaba con su peculiar seriedad bienhumorada las razones que le habían impulsado a tomar aquella determinación. «Yo —decía— no me decidí por motivos muy elevados: ni por un arrebató de entusiasmo, ni por un desencanto amoroso, ni para llorar los pecados de la vida pasada; me decidí por miedo a la muerte». Y aclaraba lo que esto quería decir. En aquellos paseos por los alrededores de Olot ocurrió más de una vez que Alvaro interrumpiera de improviso el hilo de la charla, diciendo: «¿ves aquella cerca de piedra?; voy a ver si el caballo es capaz de

saltarla»; se ponía al galope y saltaba la cerca. Fernando se lanzaba en pos de él y saltaba también. «¿Qué te parece —proponía otra vez— si intentamos bajar a caballo ese cortado?»; y sin pensarlo más se precipitaba con el animal por el despeñadero; y luego el desafío era vadear un río o subir a lo alto de unas peñas. «Yo —comentaba Fernando— era el jefe y no podía dejar de hacer nada de lo que hiciera el oficial. Por eso, cerraba los ojos y me lanzaba tras de él, convencido de que en cualquier momento nos matábamos; y por eso me decidí, pensando en que nos íbamos a matar, por miedo a la muerte». El buen humor de Fernando, cubría la realidad del gran amor de Dios que le encendía el alma. Pero ponía también de manifiesto, de rebote, la valentía personal de don Alvaro, que una vez más se evidenciaba al acometer aquella audaz aventura del viaje sin pérdida de tiempo, porque urgía llegar a Roma.

Pero una vez más se comprobó la verdad de aquel dicho, de que «el hombre propone y Dios dispone». El obstáculo no iban a ser los bandoleros, sino el pobre coche que, a partir de cierto momento, comenzó a sufrir tantas averías, que parecía como si una legión de diablos de la carretera se hubiera posesionado de él. Recorrimos el Bracco sin novedad; a mitad de camino nos cruzamos con el convoy que venía en sentido contrario y pudimos comprobar el imponente aparato militar desplegado para protegerlo: un coche blindado, varios «jeeps» y un par de camionetas de «carabinieri» formaban en el convoy, todo para garantizar la seguridad de una docena de vehículos civiles, entre turismos y camio-

nes. Pero a partir de entonces comenzaron las desventuras. Nos detuvimos cerca de Viareggio para que el conde pudiera beber un café y tomarse un breve descanso, y cuando quisimos seguir, el automóvil, empapado por la lluvia y sin apenas batería, rehusó ponerse en marcha. Bajo el agua que caía sin descanso, empujamos inútilmente intentando hacerlo arrancar. Mientras tanto, los pocos vehículos que pasaban junto a nosotros, viendo en la oscuridad un coche parado y un grupo de personas junto a él, lejos de detenerse aceleraban la marcha. Por fin, un coche de cazadores hizo de buen samaritano: se detuvo y con un cable nos remolcó hasta que el coche tuvo a bien ponerse en marcha. Pero a siete kilómetros de Pisa reventó un neumático y hubimos de resignarnos a esperar hasta la amanecida. Al clarear el día conseguimos que otro coche se detuviera y nos dejara el «cric» —los nuestros, como ya se dijo, quedaron inútiles en el viaje de ida— y así pudimos continuar hasta la cercana ciudad de Pisa.

En Pisa llevamos el coche a un taller de vulcanización y mientras reparaban en lo posible neumáticos y cámaras, don Alvaro celebró la Santa Misa en una iglesia cercana. Fue la primera Misa que un sacerdote del Opus Dei celebraba en tierra italiana; pero la falta de datos que puedan proporcionar alguna orientación hace muy difícil averiguar cuál sería aquella iglesia. En el taller nos dijeron que, en medio de todo, aquella madrugada habíamos tenido suerte: en el kilómetro ocho, a uno solo de donde permanecimos varias horas, esperando adormilados a que llegara el día, una partida de bandidos había

asaltado un camión de mercancías; ataron a unos árboles al conductor y a su ayudante y huyeron con el cargamento. Para mayor desgracia, un «jeep» de «carabinieri» que había salido en su persecución había caído por un puente y se estaba a la espera de la llegada de las ambulancias con las víctimas del accidente. A las nueve y media de la mañana, acabadas aquellas someras reparaciones, pudimos reanudar la marcha; mas, pese a marchar muy despacio, no tardaron en producirse nuevas averías.

A la una y media del mediodía, hubo que detenerse dos horas en Grosseto, en otro taller de vulcanización de neumáticos; y en Montalto paramos de nuevo para echar agua a las ruedas, muy recalentadas. Pese a ello, en Tarquinia pinchamos otra vez y tuvimos que proceder al consabido cambio de rueda, ahora con ayuda de un automovilista que se detuvo y nos dejó su «cric». En un taller de Civitavecchia hubo que efectuar un nuevo reajuste general del vehículo y a las nueve y media de la noche estábamos otra vez en la carretera. Pero a las diez, cuando nos encontrábamos a 32 kilómetros de Roma, uno de los neumáticos reventó y esta vez intentamos en vano que un coche se detuviera a socorrernos. En vista de la situación en que nos hallábamos, expuestos a pasar una noche más en la carretera, Salvador y el conde se dirigieron a una casa de labranza que se distinguía en la oscuridad, no lejos de donde nos encontrábamos detenidos. Llamaron un par de veces sin obtener respuesta, hasta que por fin se abrió la puerta y aparecieron frente a ellos tres hombres que los encañonaban con

sus escopetas. No eran bandoleros sino labradores, que temieron que los bandoleros pudieran ser quienes llamaban a hora tan intempestiva. Disipados los equívocos, aquellos buenos campesinos accedieron a prestarnos ayuda: vinieron con linternas y un «cric», gracias al cual pudo extraerse el neumático que había reventado y poner en su lugar una deplorable rueda de recambio, que se encontraba literalmente destrozada. En estas condiciones tan precarias, caminando a paso de tortuga, conseguimos por fin llegar a Roma. Cuando cruzábamos el portal de nuestra casa, en el Corso del Rinascimento, el reloj del vecino Palacio Madama daba las doce de la noche; era la última hora de aquel día en que habíamos pensado llegar a Roma a las seis de la mañana. El viaje de Génova a Roma había constituido una verdadera odisea, prolongada a lo largo de treinta interminables horas.

## PIAZZA NAVONA

El jueves, 28 de febrero de 1946, puede ser considerado como el primer día de la historia del Opus Dei en Roma: de una historia que desde aquel día proseguiría su marcha sin prisa y sin pausa, al paso de Dios. La jornada comenzó con la Santa Misa celebrada por don Alvaro; era su primera Misa en Roma, la primera en la Urbe de un sacerdote de la Obra. De esta Misa sí que existe información fidedigna, para poder identificar exactamente la iglesia y el altar donde se celebró: fue en la iglesia de San Giacomo degli Spagnoli, en el altar del Sagrado Corazón.

San Giacomo forma parte de la misma manzana en que se encontraba nuestro nuevo domicilio. La iglesia, pese al título, nada tiene que ver ya con España, aunque en otro tiempo fue la iglesia roma-

na de la Corona de Castilla. Nuestro piso, tenido en precario y que a los pocos meses habríamos de abandonar, fue, sin embargo, el primer Centro, esto es, la primera casa del Opus Dei en la ciudad de Roma. Allí vivíamos los tres miembros de la Obra que entonces residíamos en la Urbe; allí se montó el pequeño oratorio en que don Alvaro celebraba Misa por las mañanas; también allí pidió la admisión en la Obra la primera vocación romana. Todas estas circunstancias justifican —mejor aún, demandan— que hagamos memoria de aquella vieja casa, que fue escenario principal de los primeros tiempos de esta historia.

El piso que ocupábamos se hallaba en la planta principal de un inmueble que tenía su entrada por el número 49 del Corso d'il Rinascimento. Nos hallábamos, por tanto, en pleno corazón de la Roma barroca, frente al «Palazzo Madama», llamado así porque en él vivió Madama Margarita de Austria, hija natural del emperador Carlos V, esposa de Octavio Farnesio, gobernadora de los Países Bajos y madre del insigne militar y estadista Alejandro Farnesio, también gobernador de los Países Bajos, muy avanzado ya el reinado de Felipe II. Desde la desaparición de los Estados Pontificios, el «Palazzo Madama» se convirtió en sede del Senado de Italia, y lo sigue siendo en la actualidad. Dos grandes edificios se alzaban a uno y otro extremo del Corso: la Iglesia de Sant'Andrea della Valle —ya en el Corso Vittorio Emanuele II, con su gran cúpula, la mayor de Roma después de la de San Pedro; y al otro extremo de la calle estaba el «Apolli-

nare», que fue sede durante mucho tiempo del Seminario romano y donde varios Papas cursaron sus estudios, como recuerdan las lápidas clavadas en sus muros. Este gran edificio albergaba entonces diversas instituciones instaladas allí después de que el Seminario se trasladara al recinto del Laterano. El «Apollinare» y su iglesia aneja son hoy la sede del Ateneo Romano de la Santa Cruz, un Centro universitario de Estudios eclesiásticos dirigido por la Prelatura del Opus Dei. No hace falta decir que, en 1946, lo que hoy es fecunda realidad ni siquiera pasó por nuestra cabeza como un fantástico sueño.

El piso, aunque tenía su entrada por el Corso, no daba sobre esta calle; las vistas —un balcón corrido y un par de ventanas— se abrían sobre Piazza Navona. Cuantos hayan pasado por Roma recordarán esa plaza, una de las más bellas del mundo y lugar obligado en toda visita a la ciudad. Piazza Navona está emplazada sobre el viejo solar del Circo Agonale —el estadio de Domiciano—, del que conserva la forma. Durante siglos, la plaza fue escenario de fiestas y representaciones teatrales al aire libre. Frente a nuestro balcón, en la acera opuesta, se levanta la iglesia de Santa Inés con su fachada de Borromini; a su lado se encuentra uno de los clásicos palacios romanos construidos por familias principescas, el palacio Pamphili. Pero la mejor joya de Piazza Navona es la célebre fuente de los ríos, obra de Bernini, el autor de la columnata de la plaza de San Pedro. Cuatro estatuas representan cuatro grandes ríos, cada uno de diverso Continente: el europeo Danubio, el asiático Ganges, el africano

Nilo y, por América, el Río de la Plata. La gran «fontana» está dominada por un obelisco egipcio, que procede del circo de Majencio. Otras dos fuentes —la de Neptuno y la del Moro— completan la ornamentación de la plaza. Como puede adivinarse, en Roma es privilegio de muy pocos ser vecino de Piazza Navona.

En contraste con tanta belleza como nos rodeaba, la casa estaba amueblada y decorada con pésimo gusto, aunque eso era cuestión de menor cuantía, y entre tanto cubría perfectamente nuestras necesidades. El piso tenía un par de dormitorios, una sala-comedor y un saloncito interior donde instalamos el oratorio. Salvador, antes de nuestra llegada, había solicitado y obtenido de la Santa Sede el privilegio de «altar portátil» para el Fundador de la Obra y para don Alvaro. El oratorio, sencillísimo, procuramos que al menos fuera digno, y el cáliz, ornamentos y otros objetos litúrgicos nos los dejaron prestados en una iglesia cercana. Así fue como don Alvaro pudo celebrar la primera Misa en la casa el sábado 9 de marzo. Hasta entonces había seguido celebrando en la vecina iglesia de San Giacomo.

Mas no son los detalles materiales del piso de Piazza Navona y ni aún siquiera el privilegio de vivir en uno de los lugares más hermosos de Roma lo que más importa destacar, ni tampoco el recuerdo más vivo que guardo de aquel tiempo. Lo realmente importante fueron las personas excepcionales con las que tuve la suerte de vivir: don Alvaro del Portillo y Salvador Canals. En aquella casa romana de tan efímera duración fue donde pasé la

época de mi vida en que más de cerca y de modo más continuo conviví con don Alvaro. Ahora, después de su dichoso tránsito a la casa del Cielo, contamos con la perspectiva necesaria para abarcar en su conjunto la existencia de aquel gran hombre de Dios, y somos muchos los que tenemos el convencimiento de su santidad, que espero ver algún día proclamada oficialmente por la Iglesia. Mas la santidad se va forjando de ordinario a lo largo de toda una vida, que en don Alvaro alcanzó los ochenta años de edad. Cuando viví cerca de él, don Alvaro era todavía un hombre joven —de poco más de treinta años— y le quedaba casi medio siglo de vida en la tierra. La convivencia con él, en la intimidad de la existencia cotidiana, era gratísima, y aparecían netamente delineados, aunque con los matices propios de la juventud, los rasgos de su extraordinaria personalidad. Don Alvaro —ya lo dijimos— era un hombre valiente; pero sobre todo un hombre de riquísima vida interior, en habitual unión con Dios, de clarísima inteligencia, delicado en el trato, amable, alegre, sereno, comprensivo y a la vez dotado de una suave pero fuerte firmeza para hacer que se hiciera lo que tenía que hacerse, y llevar así adelante la misión que debía cumplir en Roma. En esos recuerdos de una época ya lejana, la imagen de don Alvaro joven y del tiempo vivido junto a él vienen a mi memoria como un luminoso recuerdo y una experiencia inolvidable.

Salvador Canals fue el otro de los tres que constituimos aquel primer Centro romano del Opus Dei. Antes, Salvador y yo habíamos pasado tres años

juntos en Roma —entre 1942 y 1945— la mayor parte del tiempo solos y además en difíciles momentos de la Segunda Guerra mundial, cuando la Ciudad Eterna —entonces la Roma «cittá aperta»— sufrió toda suerte de avatares y llegó a encontrarse en el vórtice mismo de la tormenta bélica. Mi convivencia con Salvador fue, por tanto, mucho más prolongada y ello constituye una ventaja para poder hablar de él, puesto que su figura, lógicamente, es menos conocida que la de don Alvaro.

«Un alma limpia, una inteligencia prócer», así definió el Beato Josemaría Escrivá a Salvador, a raíz de su muerte. Falleció Salvador en Roma el 24 de mayo de 1975, un mes antes, casi día por día, de aquel 26 de junio en que el Fundador de la Obra fue llamado por Dios a gozar como siervo bueno y fiel de las alegrías de la Vida eterna. Aquel 24 de mayo el Beato Josemaría se encontraba en el santuario de Torreciudad, ya prácticamente terminado de construir; había venido a visitarlo y a consagrar el altar mayor de la iglesia. Allí recibió la noticia del fallecimiento de Salvador, que le produjo grandísimo dolor. Este sentimiento quedó bien patente en el solemne acto en que se hizo entrega al Beato de la medalla de oro de Barbastro, un acto multitudinario que tuvo lugar el domingo 25, por la mañana, en el Ayuntamiento de su ciudad natal. A poco de comenzar el discurso, el Fundador de la Obra interrumpió la lectura del texto y dio rienda suelta a los sentimientos que embargaban su corazón. Con ternura paternal siguió hablando de aquel hijo que había muerto el día antes: «Ha servido a la Iglesia

con sus virtudes, con su talento, con su alegría, con su sacrificio, con este espíritu del Opus Dei que es de servicio. Yo debería estar contento de tener uno más en el Cielo, ya que tan frecuentemente, en una familia tan numerosa tiene que suceder un hecho de este género. Pero estoy muy cansado, muy cansado, muy abrumado».

Me unía a Salvador, además del vínculo de la común pertenencia a la misma familia sobrenatural del Opus Dei, una especial relación, consecuencia lógica de los años difíciles que vivimos en Roma, aislados del resto del mundo por la Guerra Mundial. «Un alma limpia», dijo de él el Beato Josemaría, y también yo puedo dar fe de ello; sí, un alma clara, transparente, serena, y un corazón grande y generoso. Me atrevería a decir que donde mejor queda reflejada la genuina imagen de Salvador es en ese pequeño libro suyo, «Ascética meditada», una obra que bebe fielmente en las enseñanzas del Fundador del Opus Dei y que constituye una joya de la literatura espiritual de nuestro siglo. Por lo demás, la personalidad de Salvador resultaba enormemente atractiva por sus cualidades humanas: era de una simpatía arrolladora, alegre, aunque por aquellos años su salud fuese bastante frágil; recuerdo un día, durante la ocupación alemana de Roma, en que, estando yo en clase en el Laterano, él, que no había podido venir porque ya se sentía indispuesto, pensó estar en trance de muerte por una aparente crisis cardíaca y llamó a un sacerdote conocido nuestro para que le diera la absolución.

En Salvador, era proverbial el buen humor, con

ese peculiar acento de la mejor gracia castiza del pueblo de Madrid. Salvador Canals ha sido para mí uno de esos verdaderos amigos que el hombre tiene la fortuna de encontrar alguna vez en el camino de la vida.

En aquellos primeros meses de 1946, Salvador acudía a clases de Filosofía y Teología en el Laterano. Eran ya los estudios eclesiásticos preparatorios de la ordenación sacerdotal, que recibió en Roma, en 1948. En los ambientes romanos, su gran talento de jurista no tardó en ser reconocido; doctor en ambos Derechos, el Papa Juan XXIII le nombró, joven aún, auditor —es decir «magistrado»— del Tribunal de la Rota Romana, y las sentencias «*coram Canals*» —aquellas en que había sido ponente, y que se imprimían como todas las de ese tribunal— fueron especialmente apreciadas por los expertos en el Derecho de la Iglesia. Salvador se hizo definitivamente romano: se quedó a vivir en Roma y aquí permaneció durante más de treinta años, hasta su muerte. Esta circunstancia hizo que nuestra convivencia, que tan intensa había sido, se interrumpiera para siempre. Mas cuando, de tarde en tarde, coincidíamos casualmente, en Italia o en España, los dos advertíamos que el viejo afecto desafiaba el desgaste del tiempo, y seguía siendo el mismo que en nuestros años jóvenes.

La evocación del ambiente del piso de Piazza Navona resultaría incompleta si no dijéramos que aquella fue una casa por la que pasó muchísima gente, algo que era también favorecido por su inmejorable emplazamiento, en el corazón de la ciudad.

Fueron tantos los amigos y conocidos que nos visitaron durante aquellos meses que resultaría imposible enumerarlos. Como una excepción y en representación de todos ellos recordaré a uno que fue quizá el visitante más asiduo: el abad Suñol, director del Instituto de Música sacra. Dom Suñol era monje benedictino de Montserrat y abad titular del monasterio de Santa Cecilia; vivía en Roma por razón de su cargo y residía en San Anselmo, la Abadía Primada de los Benedictinos, que se alza en lo alto del monte Aventino. El abad Suñol nos demostró particular afecto, con sus visitas cotidianas a unas horas que, si no se tratara de un monje, cabría calificar de intempestivas, o al menos de insólitas. Don Alvaro celebraba Misa muy temprano y desayunábamos a las siete y media. En este momento solía sonar el timbre y aparecía el P. Suñol, que venía caminando desde San Anselmo. «*E arrivato il padre della musica*», anunciaba la señora que se ocupaba de las labores domésticas de la casa. El P. Suñol nunca quiso tomar nada, ni una taza de café, aunque algún día conseguimos que viniese a almorzar con nosotros; en sus visitas matinales quería sencillamente acompañarnos durante el desayuno y charlar un rato. Al sonar las ocho, con exacta puntualidad, se despedía y marchaba a su trabajo en el Instituto, que distaba pocos metros de nuestra casa. La amable figura del abad Suñol —«el padre de la música»— ha quedado como uno de los recuerdos entrañables de los tiempos de Piazza Navona.

## «CARTAS COMENDATICIAS»

El jueves, 28 de febrero, nuestro primer día de estancia en Roma, fue una jornada intensamente aprovechada, porque no había ni un minuto que perder si queríamos cumplir el más urgente objetivo de la misión que había llevado a don Alvaro a la Ciudad Eterna. Se trataba —como ya quedó dicho— de conseguir «cartas comendaticias» de algunos de los nuevos cardenales, respaldando la solicitud de aprobación pontificia del Opus Dei. Se dijo también que la práctica totalidad de los obispos de España dieron sus cartas, pero había tres —quizás los más significativos en aquella hora— que por explicables apremios de tiempo no habían podido aún entregar las suyas: eran estos, precisamente, los tres nuevos cardenales españoles: Mons. Pla y Deniel, arzobispo de Toledo; Mons. Arce Ochotorena, arzobispo

de Tarragona, y Mons. Parrado, arzobispo de Granada. Los tres se encontraban en Roma desde hacía un par de semanas y regresarían a España en fecha inmediata. Como no existían aún comunicaciones regulares, habían viajado a Roma en un avión especial que les facilitó el Gobierno español, y estaban a la espera de que ese avión volviera a recogerles. El 28 por la mañana, don Alvaro visitó a los tres cardenales en el Palacio Altemps, la vieja sede del Colegio español, y recogió las «cartas comendaticias» que los tres tenían ya preparadas.

La obtención de «cartas comendaticias» de cardenales de otras nacionalidades era, como puede imaginarse, una tarea más ardua. Los miembros de la Obra no habían comenzado todavía a trabajar en sus diócesis, y ni aún siquiera en sus países, porque la extensión de la labor apostólica más allá de las fronteras de la tierra donde nació —España— había sido impedida por toda una década de guerras, primero la Guerra Civil y luego la Guerra Mundial. Los cardenales de esos otros países a los que se pedía que entregaran sus cartas, no tenían por tanto experiencia de la labor del Opus Dei en sus iglesias. Pedirles una carta era como pedirles una firma en blanco, pero había que pedírsela, porque no podíamos esperar a que llegara una ocasión humanamente «razonable» que tardaría bastantes años en presentarse. A la vista de las posibilidades que ofrecían los cardenales presentes todavía en Roma, don Alvaro pensó que sería conveniente solicitar «comendaticias» a un cardenal italiano, a otro «europeo» —mejor de la Europa central— y a un tercero de

Hispanoamérica: estas cartas eran suficientes para poner de manifiesto la «catolicidad» de la Obra. Una circunstancia providencial hizo que pudiéramos conseguir, además, una «comendaticia» proveniente del continente africano. Comencemos por decir alguna cosa sobre esta última.

Se encontraba en Roma el cardenal patriarca de Lisboa, Mons. Antonio Cerejeira, que no era de los «nuevos» —había sido creado cardenal por Pío XI—, pero que acudió a la Urbe para estar presente en el pasado Consistorio. El cardenal Cerejeira conocía personalmente al Beato Josemaría, que le había visitado en Lisboa y por el que sentía admiración y estima; además, la labor apostólica del Opus Dei se iniciaba en Portugal aquel mismo año, en la ciudad universitaria de Coimbra. El cardenal patriarca nos acogió con grandes muestras de aprecio y el 1 de marzo entregó su «comendaticia»; pero hizo algo más: nos encaminó al Colegio portugués, con el fin de que nos conociera el nuevo cardenal de Mozambique, Mons. Gouveia. La elevación al cardenalato de este prelado había despertado particular expectación en la opinión pública. El arzobispo de Lourenço Marques era, entre todos los cardenales, aquel de quien más hablaba la prensa: despertaba curiosidad y simpatía, su fotografía apareció en las páginas de los periódicos, y se le hicieron varias entrevistas; no en balde era el primer africano que llegaba al Colegio cardenalicio. El cardenal era un hombre bastante alto, más grueso que delgado, con la cara picada de viruelas, y el color de su piel proclamaba que por sus venas corría mucha

sangre negra. Mons. Gouveia nos recibió con extraordinaria cordialidad y desde el primer momento quedó claro que entregaría una «comendaticia». Pero estaba a punto de marchar de Roma, con destino a España y Portugal. En Madrid podría conocer al Fundador del Opus Dei, charlar despacio con él y redactar con mayor conocimiento de causa su «carta comendaticia». Eso fue, justamente, lo que sucedió, y el día 13 de marzo, en un correo llegado de España, recibimos la afectuosísima «comendaticia» que el cardenal había escrito en Madrid. La carta del cardenal de Mozambique fue un regalo llovido del Cielo, gracias al cual pudimos presentar a la Santa Sede «comendaticias» provenientes de tres continentes distintos.

De tres continentes, sí, porque uno de los nuevos cardenales hispanoamericanos entregó también la suya: Mons. Caggiano, obispo de Rosario, en Argentina, un prestigioso prelado que, años más tarde, sería trasladado a la sede arzobispal de Buenos Aires, y en las dos diócesis que sucesivamente gobernó pudo ver cómo Dios bendecía y hacía multiplicarse la labor de la Obra. El cardenal italiano que podía, a nuestro juicio, entregar una «comendaticia» era el nuevo arzobispo de Palermo, Ernesto Ruffini. Mons. Ruffini conocía ya la Obra desde hacía varios años. En la primavera de 1943, don Alvaro, cuando vino por primera vez a Roma, charló extensamente con Mons. Ruffini, que era entonces Secretario de la Congregación de Seminarios y Universidades. En los años siguientes, nuestro trato con él no se había interrumpido, y siempre dio muestras

de sincero interés y afecto hacia el Opus Dei. Ahora escribió una entusiasta «carta comendaticia» pero pidiendo a la vez como contrapartida que la Obra comenzase a trabajar cuanto antes en Sicilia, y concretamente en su diócesis de Palermo. Por el momento sólo pudimos asegurarle que también para nosotros constituiría un motivo de particular alegría iniciar pronto la labor apostólica en la capital de la gran isla mediterránea.

Obtener una «comendaticia» de algún cardenal centroeuropeo era algo que, dadas las circunstancias, no parecía ser empresa fácil. El Papa había creado tres cardenales alemanes, pero uno de ellos, Von Preysing, estaba descartado de antemano, porque su diócesis se hallaba en la Alemania del Este, ocupada por el ejército soviético. Uno de los otros dos, el cardenal Frings de Colonia, era a nuestros ojos el más indicado, por la importancia de su diócesis y además porque un eclesiástico alemán amigo nuestro, residente en Roma, se ofreció como intermediario para conseguir una audiencia. Su mediación resultó eficaz y don Alvaro fue citado para acudir a visitar al cardenal el domingo, 3 de marzo, a las siete de la tarde.

El cardenal se hallaba hospedado en el llamado «Campo Santo Teutónico», en el interior de la Ciudad del Vaticano. El «Campo Santo» es una antiquísima institución, que se remonta a finales del siglo VIII. El emperador Carlomagno lo fundó como hospedería y cementerio para peregrinos alemanes, y con el tiempo la hospedería se transformó en seminario y residencia eclesiástica. Allá se dirigie-

ron a la hora señalada don Alvaro y Salvador Canals que le acompañaba. Los comienzos de la visita no fueron nada alentadores: la persona que salió a recibirles no fue el cardenal, sino el vicario general de Colonia, que les invitó a explicarle cuál era el asunto que querían plantear a Su Eminencia. Don Alvaro le expuso la petición que deseaban hacerle y el vicario, tras conocer de qué se trataba, respondió que lo que pretendían era muy difícil, por no decir imposible. La Obra no había trabajado aún en la diócesis de Colonia y, en estas condiciones lo más probable era que el cardenal rehusase dar su «carta comendaticia»; lo mejor sería, pues, no molestar a Su Eminencia. Don Alvaro no se dio por vencido ante la negativa del vicario, y siguió insistiendo con suavidad y paciencia. Ante estos ruegos, el buen señor, no queriendo despacharles con las manos vacías, hizo una pequeña concesión: «si ustedes quieren, pueden en todo caso saludar al cardenal». «Sí —respondió don Alvaro—, nos gustaría al menos recibir su bendición».

El secretario del cardenal les condujo a otro salón, donde pocos minutos después entró Mons. Frings. D. Alvaro le pidió perdón por no poder expresarse en italiano: «llevo sólo tres días en Italia —dijo— y mi italiano es un italiano de tres días»; y pasando directamente a hablarle en latín, en la lengua del Lacio le dio una sucinta información acerca de la Obra. Luego explicó que había venido a Roma para solicitar el «Decretum laudis», la aprobación pontificia de la Obra, e inmediatamente añadió: «nos habemus aliquas commendatitias fere omnium

episcoporum Hispaniae» —«tenemos algunas “comendaticias” de casi todos los obispos de España»— y tras precisar el número —más de sesenta—, terminó diciendo que constituiría para nosotros una gran alegría —«gaudium magnum»— tener también una carta de algún obispo alemán, si pudiera ser la suya. El cardenal no pudo ya contenerse y, entre sorprendido y sonriente respondió: «Sed insatiabiles estis!», «¡sois unos insaciables!». Pidió entonces Mons. Frings que le enseñaran algunas de las «cartas comendaticias» que llevaban, las leyó atentamente y contestó que él iba a ausentarse de Roma por dos días, pero a su vuelta entregaría la carta. Don Alvaro y Salvador se pusieron de rodillas y pidieron al cardenal que les diera la bendición, ya que para esto les había dejado entrar el vicario general. Tres días después, el 6 de marzo, acompañé a don Alvaro al «Campo Santo Teutónico» y allí el buen vicario de Colonia nos entregó en mano la «comendaticia» del cardenal.

Terminó así la última gestión encaminada a conseguir «cartas comendaticias». Una vez más quedó bien acreditado el temple moral de don Alvaro y su fortaleza para llevar a buen término el encargo que le había confiado el Fundador del Opus Dei. En aquellos momentos era de extraordinaria importancia lograr que la Obra apareciera ante la Santa Sede con un resello inequívoco de universalidad, y a eso contribuyeron de modo muy importante los cardenales no españoles con sus cartas. Quizás no fuese razonable pedírselas, pero era obligado hacerlo y la petición iba además reforzada por la oración y pe-

nitencia de muchos. Los cardenales confiaron en la Obra, tuvieron fe en ella. Yo quisiera todavía recordar que esa confianza no resultó defraudada y que el Beato Josemaría —que era un hombre de corazón agradecido— procuró corresponder con generosidad al aval que aquellos cardenales habían dado al Opus Dei. Palermo y Milán fueron, después de Roma, las primeras ciudades de Italia donde comenzó de modo estable el trabajo de miembros de la Obra. En 1950, los primeros que llegaron a Argentina —don Ricardo Fernández Vallespín e Ismael Sánchez Bella— en vez de ir a la capital, Buenos Aires, fueron a Rosario, la diócesis del cardenal Caggiano. El trabajo en Alemania se inició en 1952 por Colonia, la diócesis del cardenal Frings, y éste tuvo tiempo de ver durante su pontificado el notable desarrollo alcanzado por la labor en su ciudad episcopal. Mons. Frings profesó un creciente afecto hacia el Opus Dei y en sus mismas «Memorias» quiso dejar constancia de que él había sido el primer obispo de su país que conoció y acogió su trabajo apostólico en Alemania. Años más tarde, el cardenal pronunció la homilía en la primera Misa de uno de los primeros sacerdotes alemanes del Opus Dei, y estando ciego y próximo ya al final de su vida, quiso todavía asistir a los funerales celebrados en Colonia, cuando falleció el Fundador de la Obra.

## UNA ACOGIDA CORDIAL

En 1946, Salvador Canals y yo éramos ya viejos romanos. Llevábamos más de tres años residiendo en la Urbe —con una breve interrupción durante el último invierno— y además habíamos estado presentes, con una presencia activa y bien notoria, en una serie de ambientes muy diversos: el de la Universidad civil —teníamos amistad con buen número de profesores de Facultades de Derecho— y el de los Ateneos Pontificios del «Angelicum» y el Laterano, donde habíamos seguido varios cursos. Éramos lectores asiduos y conocidos de la Biblioteca Vaticana y de la «Alessandrina», en la Ciudad Universitaria. Habíamos tratado a numerosos personajes mayores o menores de la Curia romana —desde cardenales a monseñores y religiosos—, pero también a muchos diplomáticos españoles e hispanoamericanos; y te-

níamos un número todavía mayor de amigos italianos, con algunos de los cuales mantengo una cordial relación, al cabo de medio siglo.

Todo el mundo sabía que Salvador Canals y yo éramos miembros del Opus Dei, pero eso no constituía ya novedad para nadie, y en cierto sentido cabría decir que los dos nos hallábamos «integrados» con toda naturalidad en el paisaje humano de aquella sociedad romana. Es evidente que a una tal integración habían contribuido en buena medida los años difíciles que acabábamos de vivir. Nada hay que una tanto como el compartir privaciones y angustias, y esas pruebas habían sido el signo dominante de unos tiempos que, sin lugar a dudas, fueron los más dramáticos de los vividos por Roma en todo el siglo XX. Cuando la guerra fue aproximándose paso a paso hasta alcanzar la ciudad, nosotros no regresamos a España sino que permanecemos allí, y corrimos la misma suerte y sufrimos los mismos peligros que el resto de los romanos. Digo el resto, porque esa presencia en la Urbe nos ganó un cierto derecho de «ciudadanía romana». Tal vez esa «naturalización» en Roma de unos miembros de la Obra fue el resultado más importante de aquel capítulo de la «prehistoria» del Opus Dei en la Ciudad Eterna.

Pero ahora comenzaba un capítulo nuevo, el de la historia, que se había abierto con la llegada de don Alvaro. No era éste, en modo alguno, un desconocido en Roma. Las jornadas romanas del «ingegnere» del Portillo, durante la primavera de 1943 eran todavía recordadas, tanto porque fueron mu-

chas las personas de la Curia con las que entró en relación, como por la extraordinaria personalidad de don Alvaro que —como ya se dijo en otro libro— causó una profunda impresión al propio Papa Pío XII. Pero esta nueva presencia romana de don Alvaro —ahora sacerdote, con su traje talar— tenía un sentido distinto, que todo el mundo podía adivinar. Don Alvaro venía a quedarse —y se quedó hasta la muerte—, venía a hacerse definitivamente romano y a pedir a la Santa Sede la aprobación pontificia del Opus Dei, para que, tanto en Roma como en el universo mundo pudiera rendir su mejor servicio a la Iglesia y a los hombres. La presencia de don Alvaro —y también la de los miembros de la Obra que estábamos con él— adquiría ahora un aspecto de indudable novedad. La acogida que Roma dispensó a esta presencia fue desde el primer momento abierta y cordial.

Esta cordialidad no andaba reñida con la sorpresa y un cierto componente de curiosidad. Quien más despertaba esos sentimientos, era, lógicamente, don Alvaro, el ingeniero que habían conocido de seglar en 1943 y que, después de tres años de ausencia, llegaba a Roma ordenado sacerdote y vestido de sotana, el único y exclusivo traje sacerdotal que por aquel entonces se usaba, tanto en Italia como en España. «Pero, ¡señor ingeniero!, ¿cómo viene Vd. a verme disfrazado así?» Con estas palabras nos recibió el cardenal Tedeschini cuando fuimos a visitarle —yo acompañaba a don Alvaro— en su residencia del palacio de la Dataría, junto al Quirinal. La exclamación bien expresiva y un poco teatral, muy

del estilo de Mons. Tedeschini, refleja la cordial amabilidad de la acogida. Dos semanas antes, en el primer día de estancia en Roma, don Alvaro se había encontrado con el nuevo cardenal Ruffini y su reacción fue muy parecida. Mons. Ruffini en un primer momento no reconoció a don Alvaro, e inmediatamente, al darse cuenta de quién era, prorrumpió en grandes manifestaciones de jubiloso afecto.

La noticia de nuestra presencia en Roma llegó pronto también a oídos del Papa Pío XII, que daba muestras significativas de estar siguiendo con atención e interés el desarrollo del Opus Dei. El 4 de marzo vinieron a visitarnos a nuestro piso de Piazza Navona los abades Escarré y Suñol y el P. Gusi, los tres monjes benedictinos de Montserrat. El abad Escarré había sido recibido en audiencia por Pío XII, quien en el curso de la entrevista abordó el tema de la Obra: «¿cómo siguen sus amigos del Opus Dei?» le preguntó. El abad le respondió que seguían muy bien y crecía el número de vocaciones; y añadió, todavía, que don Alvaro se encontraba en Roma. «Mi rallegra molto» —me alegro mucho— dijo el Papa; y como el abad Escarré quisiera aclararle que don Alvaro era ya sacerdote, el Pontífice contestó: «lo só, lo só». Quedaba claro que la ordenación sacerdotal de los tres primeros —don Alvaro y sus dos compañeros: don José M.<sup>a</sup> Hernández de Garnica y don José Luis Múzquiz— fue un acontecimiento que no había pasado inadvertido al Santo Padre. Algunas semanas más tarde —el 3 de abril—, Pío XII recibió en audiencia a don Alvaro; en el

«diario» de aquel día queda escrito lo que don Alvaro nos dijo a la salida: el Papa se había mostrado afectuosísimo y muy al corriente de las cosas de la Obra.

La audiencia con el Papa había sido gestionada por Mons. Montini, tal como don Alvaro le pidió, en la visita que los tres —también Salvador Canals y yo— le hicimos en la Secretaría de Estado. Don Alvaro no había estado con él desde 1943, pero Salvador y yo mantuvimos una relación ininterrumpida, visitándole repetidas veces durante los años de la Guerra. Este trato prolongado con Mons. Montini constituye el tema de uno de los capítulos del libro «Memorias de Roma en guerra». Mons. Montini nos acogió con extraordinarias muestras de aprecio, hasta el punto de que don Alvaro quedó gratamente sorprendido. En el «diario» de Piazza Navona correspondiente al jueves 28 de marzo anotamos al final del relato de la audiencia: Mons. Montini «nos despide con un cariño tan auténtico y grande que don Alvaro, que no le había visto más que una vez hace mucho tiempo (tres años), queda realmente impresionado». Esta no fue la única audiencia de don Alvaro con Mons. Montini en aquella primavera. El «diario» del siguiente 11 de junio recoge la noticia de otra entrevista, de una hora de duración.

La relación entre Mons. Montini y don Alvaro —una relación impregnada siempre del sincero aprecio nacido en aquellos primeros tiempos— perduró a lo largo de los años. Mons. Montini se convirtió un día en arzobispo de Milán y, tras la muerte

de Juan XXIII, el 21 de junio de 1963, fue elegido Papa con el nombre de Pablo VI. Tampoco entonces se interrumpió la relación, aunque adquiere un nuevo matiz, nacido de la especial veneración que los miembros del Opus Dei —siguiendo el ejemplo del Fundador— sienten siempre por el Vicario de Cristo. En la primera audiencia que Pablo VI, tras ser elegido Papa, concedió al Fundador del Opus Dei, don Alvaro le acompañaba. En el curso de la entrevista, el Santo Padre evocó tiempos lejanos, cuando él y don Alvaro se conocieron. «Don Alvaro, don Alvaro —le dijo— «ci conosciamo da tanto tempo!» —«don Alvaro, don Alvaro, ¡nos conocemos desde hace tanto tiempo!»—; y añadió: «da allora sono diventato vecchio!» —«desde entonces me he hecho ya viejo». Don Alvaro con afecto filial le respondió: «Da allora Vostra Santità é diventata Pietro» —«desde entonces Vuestra Santidad se ha convertido en Pedro». Este diálogo conmovedor —que reproduzco de oídas y puede por tanto no ser literal— es en todo caso una buena muestra de la confiada estima que Pablo VI tuvo siempre por don Alvaro y del profundo espíritu de fe con que don Alvaro miró siempre al Vicario de Cristo.

Estos son algunos trazos de la actitud cordial con que fue acogida la llegada a Roma, con ánimo de permanencia, de algunos miembros de la Obra. Pero acogida cordial no significa que en Roma se abriera para el Opus Dei un camino fácil y sembrado de rosas. Nunca ha sido así el camino cristiano, el que han de recorrer los que tratan de ser discípulos de Jesucristo. El propio Señor expuso con toda

claridad las condiciones que habría de aceptar quien quisiera marchar en su seguimiento: «Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame» (Mt XVI, 24). La cruz marca también los caminos que pasan por Roma, y de eso los santos —desde San José de Calasanz al Beato Josemaría Escrivá— tienen buena experiencia. En aquellos mismos albores de la singladura romana del Opus Dei se insinuaban ya las primeras dificultades que ponían en guardia frente a la ilusión del camino fácil, y la historia de medio siglo no ha hecho más que confirmarlo. Pero es fuerza reconocer que Roma ha tenido —y sigue teniendo— una función singular en orden al cumplimiento de los designios de Dios en la tierra.

Desde hace más de dos mil años, Roma ha sido *caput mundi* —cabeza del mundo—, primero como capital de un Imperio universal y después como corazón de la Cristiandad y sede de los sucesores de Pedro, a quienes corresponde el Primado sobre la Iglesia universal.

En Roma —es cierto— aparece patente, como en ninguna otra parte, el componente divino-humano de la Iglesia, fundada por Cristo, pero integrada por hombres. Pocos dichos hay, a mi juicio, más desafortunados que aquel de «Roma veduta, fede perduta». Creo que procede más bien decir, fe purificada y fortalecida, y de quien sostuviera lo contrario habría que pensar que su fe no era sino un simulacro, una parodia de fe. Roma aparece, ante quien la contempla con visión histórica y cristiana, como un argumento más de credibilidad. Hace

quince siglos, hubo espíritus que se angustiaban y gemían ante la ruina de una Roma que se habían habituado a considerar eterna. San Agustín, en «La Ciudad de Dios», enseñó a sus contemporáneos el arte de entender cristianamente la historia: ni la Roma Imperial —dijo— ni ningún Imperio de la tierra tienen vocación de eternidad. Pero la Roma cristiana recogería la herencia de la Roma imperial, y la Urbe seguiría siendo a través de los tiempos, y hasta el día de hoy, la «Ciudad eterna». Roma, como es muy vieja y ha vivido mucho, tiene una larga experiencia que le ha enseñado a enjuiciar, con sabiduría y prudencia, a los hombres y a los acontecimientos. A mí no me causa extrañeza que la Providencia de Dios escogiera esta ciudad para sede del Vicario de Cristo. El carisma divino parece conjugarse con la experiencia secular y el sentido romano de la justicia para que las obras y los hombres de Dios, más allá de las pruebas y dificultades transitorias, reciban de la Iglesia de Roma la definitiva sanción que es el resello de su santidad y catolicidad. La historia del Opus Dei, que iniciaba su andadura romana en 1946, vendría a demostrar una vez más la providencial misión que corresponde a la Sede de Pedro, cuando se trata de abrir cauce a los caminos divinos de la tierra.

## LA HISTORIA DE VLADO

El viernes de la Semana de Pascua, 26 de abril de 1946, pidió la admisión el primer miembro numerario que se incorporó al Opus Dei en Roma. Esta primera vocación romana no era natural de la ciudad y ni aún siquiera italiano: se trataba de un joven croata de veintidós años, natural de Djákovo, Vladimiro Vince, más conocido por su denominación familiar, Vlado. Rememorar la historia de Vlado exige que nos remontemos en el tiempo a tres años antes de aquella fecha, y seguir luego las líneas maestras de su vida, hasta el fallecimiento en accidente aéreo, el 6 de marzo de 1968.

Salvador Canals y yo nos encontramos con Vlado en el Ateneo Lateranense «Utriusque Iuris», en una mañana de los primeros meses del curso 1943-1944. Se vivían entonces en Roma tiempos excepcionales,

que se habían iniciado en el verano de 1943, con la caída del fascismo. Poco después, el armisticio del 8 de septiembre, por el que el gobierno del mariscal Badoglio trató de invertir las alianzas y dejar a Italia al margen de la guerra, se saldó con un fracaso y Roma cayó a los pocos días en manos del ejército del III<sup>er</sup> Reich. Vivíamos de lleno en la época de la «Roma, ciudad abierta», con la Urbe ocupada por los alemanes, sometida a bombardeos y duras privaciones, mientras los frentes de combate permanecían estabilizados ante Montecassino, aunque aquel invierno un nuevo frente se aproximaría hasta las laderas de los montes Albanos, como consecuencia del desembarco de los Aliados en las playas de Anzio.

Durante aquel curso, en el Pontificio Ateneo Lateranense reinaba un ambiente bastante especial, como lógico reflejo de las circunstancias que atravesaba la Ciudad. Una de las novedades la constituía el gran número de jóvenes seculares que se habían matriculado en el Instituto «Utriusque Iuris» de aquel Centro de Estudios superiores, vinculado a la diócesis de Roma. La razón de esta afluencia eran las ventajas que ofrecía el estatuto «extraterritorial» del Laterano, donde podían permanecer buena parte del día, y la relativa garantía que podía significar, para circular por la calle, un carnet de alumno, con los colores y las armas pontificias. Entre aquellos seculares que asistían a las clases, pronto nos llamaron la atención dos estudiantes que no parecían italianos —uno muy joven y el otro varios años mayor— que daban la impresión de ser

muy amigos y no se mezclaban con los demás. Salvador y yo hicimos algunos comentarios acerca de ellos, y sacamos la conclusión de que serían otros más de tantos alumnos —judíos, incluso— que acudían al Laterano en busca de un recinto más o menos seguro.

Un episodio fortuito sirvió de ocasión para que trabásemos amistad con aquellos dos jóvenes desconocidos. Sucedió que un día, entre clase y clase, la conversación recayó sobre el tema de la guerra y cierto religioso, tan joven como apasionado en temas de política, tuvo la ocurrencia de improvisar una arenga, que era una encendida apología de los «partisanos» de Tito, los guerrilleros comunistas yugoslavos. Salvador y yo, que estábamos en el grupo, dijimos que no podíamos compartir ese entusiasmo por los «partisanos», entre otras razones porque perseguían de modo implacable a los católicos. Nuestra intervención produjo efecto. El religioso, que era víctima de la crispación y nerviosismo ambientales, interrumpió la apología y el grupo se disolvió, porque estaba a punto de comenzar otra clase. Pero aún quedó tiempo para que el más joven de los dos desconocidos estudiantes —ese día el mayor no había venido— se nos acercara para decir unas palabras de agradecimiento. «Yo soy croata —dijo— y conozco bien lo que está ocurriendo en mi país; es una pena que pueda haber buena gente que esté tan mal informada». «¡Ah!, eres croata —le respondimos—; pues nosotros tenemos un amigo croata, Zelic Zwiko». Pudimos darnos cuenta de que, ante estas palabras, el estudiante quedaba visi-

blemente desconcertado. Pero entrábamos ya en el aula y el diálogo quedó interrumpido.

Terminadas las clases, cuando Salvador y yo salíamos ya del Laterano, el joven estudiante croata —que no era otro que Vlado— llegó corriendo a nosotros y dijo que quería pedirnos un favor: «Si veis a Zélic, no le digáis que me habéis conocido». Quedamos un poco sorprendidos ante este ruego, pero le contestamos que quedase tranquilo, que nada diríamos a Zélic acerca de él. Zélic Zwiko era un estudiante croata de Dalmacia, una región en la costa oriental del Adriático que, al desintegrarse Yugoslavia, había sido anexionada por Italia. Él y otros compañeros dálmato-croatas residían en Roma, pensionados por el Gobierno italiano, estudiando —o haciendo como que estudiaban— en la Universidad. Allí le había conocido Salvador, y pronto se hicieron amigos. Zélic —que era un buen chico, aunque algo vividor— nos presentó a varios de sus compañeros, y pronto pudimos darnos cuenta de que todos eran fervientes partidarios de Tito, pero carecían de ambiciones guerrilleras y aspiraban a pasar la guerra en Roma, sin complicarse la vida. De la triste suerte corrida por Zélic y algunos más de aquellos muchachos ya di noticia en «Memorias de Roma en guerra». Al poco tiempo de la toma de Roma por los Aliados pidieron ser repatriados a tierras de la Yugoslavia liberada ya por los «partisanos». Fueron conducidos en barco a Spalato, pero no pasaron del puerto: allí mismo fueron juzgados sumarísimamente y fusilados, acusados de colaboración con el enemigo. Fue una de tantas

atrocidades cometidas en la guerra, aunque hay que reconocer que aquellos pobres chicos no habían movido un dedo contra los alemanes ocupantes de Roma, y su única aspiración había sido tratar de pasar inadvertidos y sobrevivir al temporal. Este era nuestro amigo Zélic, al que se refería Vlado cuando nos pedía que no le diéramos noticias acerca de él. A los pocos días Vlado nos presentó a su compañero Anton Wurster, y los dos nos invitaron a pasar una tarde en su casa, para poder charlar con tranquilidad.

Vlado y Anton vivían en una pensión junto al castillo de Sant'Angelo y nos ofrecieron una merienda a base de «palachinke», un típico dulce croata que Vlado preparaba como un consumado repostero. Allí nos contaron con todo detalle su historia y la razón de su presencia en Roma, algo que estaba directamente relacionado con la situación de su patria y la Guerra Mundial, entonces en sus horas más críticas. Vale la pena retomar lo más sustancial de su relato, con el fin de que el lector pueda hacerse cargo de quienes eran nuestros nuevos amigos. Es posible, además, que el actual estado de cosas en los Balcanes, tras la desintegración de Yugoslavia, la resurrección de Croacia como nación independiente y la sangrienta guerra de Bosnia contribuya a que el ciudadano occidental, bastante ignaro antes de los problemas de aquel conflictivo rincón de Europa, esté ahora más preparado para comprender mejor las cosas.

Los croatas y los serbios son dos pueblos eslavos occidentales, pero profundamente distintos y casi

incompatibles, de resultas de la profunda huella marcada por largos siglos de historia. Los antecedentes se remontan a la época del Bajo Imperio romano, cuando éste se dividió en una «parte» de Oriente y otra «parte» de Occidente. Esta última, el Imperio occidental, estaba destinado a desaparecer en la segunda mitad del siglo V, como consecuencia de las invasiones bárbaras. La otra «parte», en cambio fue el Imperio de Oriente que, convertido en Imperio bizantino, sobreviviría mil años más. El Imperio occidental, de lengua y cultura latina, giraba en torno a Roma, su capital. El Imperio oriental, de lengua y cultura griega, tenía por centro la «Nueva Roma», Constantinopla. La divisoria entre ambos Imperios y ambos mundos de Oriente y Occidente pasó siempre por la Iliria, una región de incierta pertenencia que ocupaba el lugar de la moderna Yugoslavia. Dejando de lado los detalles de la evolución histórica, que no es posible seguir aquí, podemos, al menos, resumir el resultado final del proceso: los serbios son un pueblo aguerrido, de religión cristiano-ortodoxa, con una natural inclinación hacia el Oriente que ahora, desaparecido el Imperio bizantino, está representado por el «hermano mayor» eslavo, Rusia, con Moscú como la «tercera Roma». Los croatas, por el contrario, son un pueblo con un notable nivel cultural, católico de religión en su inmensa mayoría, que se encontró muy a gusto formando parte del Imperio austríaco, y cuyas miradas se dirigen espontáneamente hacia Viena y el mundo latino-germánico.

La destrucción del Imperio austro-húngaro —en

mi opinión, un inmenso error cometido por los Aliados vencedores de la primera Guerra Mundial— privó a Europa de aquella gran potencia plurinacional, que constituía un admirable factor de estabilidad en el epicentro del viejo Continente. Se inventó Yugoslavia —el «Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos»—, bajo el cetro de una dinastía serbia, y donde los serbios gozaban de una posición de privilegiada hegemonía. Los croatas católicos, obligados a convivir con sus adversarios naturales, los serbios ortodoxos, anhelaban, si no un retorno ya imposible al Imperio austríaco, sí, al menos, la independencia nacional que permitiera a Croacia constituirse como un Estado independiente, tal como ha llegado a serlo en nuestros días. El primer intento de constituir un Estado croata se produjo en el curso de la II Guerra Mundial.

La historia de las guerras suelen escribirla los vencedores, y así ha ocurrido también con la última y más universal de las grandes guerras. Un esquema simplista presenta la contienda como una lucha entre buenos y malos, entre heroicos paladines de la justicia y la libertad y malvados portadores de la opresión y la tiranía. Dejando siempre claro que los totalitarismos, tanto «nazis» como «stalinistas», son moralmente reprobables, es preciso superar semejante esquema para poder entender que los croatas recibieran con júbilo a los soldados alemanes que llegaban a su tierra en abril de 1941, porque venían a liberarles del yugo de los serbios y les traían la ansiada independencia nacional. La nueva Croacia tuvo que improvisar unos cuadros y Anton

Wurster se incorporó al servicio diplomático, mientras Vlado —un muchacho que todavía no había cumplido los dieciocho años— fue llamado pronto al servicio militar. Procedía Anton de una familia de estirpe germánica, profundamente católica, muy adicta al Imperio de los Habsburgo: su padre había sido coronel de Estado Mayor del Ejército austro-húngaro. Discípulo de Mons. Stepinac, arzobispo y luego cardenal de Zagreb, duramente perseguido por los comunistas de Tito, Anton era el tipo acabado de joven intelectual centroeuropeo, de amplísima cultura y buen conocedor de media docena de lenguas. Como diplomático, fue enviado a Roma, con una misión difícil y delicada.

Croacia, como país católico, tenía especial interés en establecer relaciones con la Santa Sede. Pero era criterio tradicional del Vaticano no reconocer a ningún Estado surgido en el curso de una guerra, mientras los tratados de paz no sancionaran definitivamente su existencia. Por esta razón, la Santa Sede seguía reconociendo a la antigua Yugoslavia y en el Vaticano residía un embajador de Pedro II, el monarca de aquel reino ahora inexistente. Croacia recurrió entonces a una estratagema diplomática, consistente en nombrar representante oficioso a un príncipe Lobkowitz, personaje de la vieja aristocracia del Imperio y católico significado, al que por razón de su prestigio personal y familiar el Vaticano no podía cerrar la puerta. Anton Wurster fue designado secretario de esta representación oficiosa del Estado croata, y pronto sintió la necesidad de tener junto a él a una persona de su total confianza.

Entonces pensó en Vladimiro Vince, al que conocía de tiempo atrás y que, pese a su juventud, le pareció el hombre más indicado y que mayores garantías le ofrecía. Anton, con su inteligencia y tenacidad bien probadas, se puso manos a la obra para conseguir la venida de Vlado a Roma, algo que en aquellas circunstancias parecía poco menos que imposible.

En efecto, Vlado, incorporado a las nuevas fuerzas armadas de Croacia, se encontraba en Viena, como cadete de la Academia militar. El recién formado ejército croata no contaba con una Escuela propia para la formación de sus oficiales, razón por la cual sus cadetes fueron enviados a Viena, a la Academia del Ejército alemán existente en la antigua capital austríaca. Todo aquel que tuvo ocasión de conocer la inexorable severidad de la recluta militar germánica durante la II Guerra Mundial, podrá entender que conseguir la exención del servicio de armas para un joven candidato a oficial constituía una pretensión prácticamente utópica: sólo el mando supremo de la Wehrmacht podía ordenar semejante cosa. Mas el tesón de Wurster, que, nunca mejor dicho, removié Roma con Santiago, fue capaz de obtener lo imposible: la Academia de Viena recibió la orden superior en la que se disponía que, por razones de servicio, el cadete Vladimiro Vince abandonase la Escuela militar para incorporarse a otro destino. El 24 de julio de 1943, víspera de la caída del fascismo, Vlado llegó a Roma con el fin de iniciar su trabajo junto a Anton Wurster.

En la época en que les conocimos, la situación de los dos amigos, y en particular la de Wurster, no era

fácil. Anton era demasiado inteligente para no adivinar que Alemania, a largo plazo, tenía perdida la guerra. En Roma, tenía un exquisito cuidado en no mantener el menor contacto con las autoridades alemanas de ocupación, y todos los esfuerzos que desplegaba desde su misión diplomática se encaminaban a ponerse en relación con las importantes colonias croatas existentes en los Estados Unidos y en Hispanoamérica, para que tratasen de influir sobre la opinión pública de aquellos países, en un intento, realmente muy difícil, de que, cuando llegase el previsible momento del derrumbamiento de Alemania, los vencedores respetasen la independencia de Croacia. Anton y Vlado aprovechaban entre tanto su estancia en Roma para asistir a los cursos del Instituto «Utriusque Iuris» del Laterano, con el fin de enriquecer su cultura jurídica y, en el caso de Vlado, para obtener una licenciatura en Derecho Civil, que no podía conseguir en su patria.

Todo eso fue, a grandes rasgos, lo que nos contaron nuestros nuevos amigos en la larga conversación que mantuvimos en su casa. En los meses siguientes, el trato frecuente fue haciendo más honda nuestra amistad, y compartimos sus inquietudes ante los peligros que podrían correr cuando Roma cayera en poder de los Aliados. Para estos, Croacia era, en fin de cuentas, un país enemigo, y las autoridades militares no se andarían con distingos o contemplaciones. Ser deportados a la Yugoslavia de Tito era un riesgo posible, y ya se ha visto el trato que dieron los «partisanos» a Zélic Zwiko y sus compañeros de desgracia, pese a ser sus entusiastas

aunque inoperantes admiradores. La más elemental prudencia aconsejaba que, cuando llegase la hora, lo mejor sería desaparecer de la vía pública y buscar un refugio seguro. Para eso estaban algunos conventos y casas religiosas que, durante aquellos tiempos inclementes, ejercieron en Roma un auténtico derecho de asilo, y ampararon a innumerables personas de las más diversas nacionalidades e ideologías políticas. Wurster ya había pensado en ello. El Superior General de los Oratorianos, el alemán Padre Pancratius Pfeiffer era un hombre benemérito que se ganó la gratitud de todos los romanos por sus esfuerzos en favor de la ciudad y de sus vecinos durante la ocupación germánica; este buen religioso había prometido a Wurster facilitarle a él y a Vlado un refugio seguro, cuando llegase la hora peligrosa. Pero un suceso imprevisible vino a echar por tierra, en el momento decisivo, estas seguridades. El día de la entrada de los Aliados en Roma, el P. Pfeiffer murió en un accidente de tráfico, atropellado en plena calle por un «jeep» del ejército americano. Vlado vino a buscarnos consternado, para comunicarnos la muerte de su protector, y preguntar si podríamos hacer algo por ayudarles a encontrar un nuevo refugio. No había un momento que perder, y Salvador y yo acudimos a otro religioso, que se había distinguido también por su caritativa acción hospitalaria: el Superior General de la Congregación de los Benedictinos Silvestrinos. El buen monje se hizo cargo enseguida de la situación y accedió inmediatamente a nuestro ruego. Aquel mismo día los dos croatas fueron acogidos en su convento de

la vía di Santo Stefano del Cacco, en el corazón de la más vieja Roma. En aquel tranquilo rincón, donde los visitamos en muchas ocasiones, Anton y Vlado permanecieron hospedados durante más de dos años, desde el mes de junio de 1944 hasta el verano de 1946, en que pudieron trasladarse a España.

## LA VOCACIÓN DE VLADO

Los años transcurridos desde que conocimos a Vlado hasta la primavera de 1946 sirvieron para que nuestra amistad se hiciera cada vez más profunda. A lo largo de este tiempo pudimos comprobar la calidad de nuestro joven amigo, los rasgos nada vulgares de su personalidad y la reciedumbre de su formación cristiana. Día tras día se fue haciendo más firme nuestro convencimiento de que Vlado reunía todas las condiciones precisas para ser llamado por Dios al Opus Dei; pero veíamos también que había que esperar a que llegase el momento oportuno para plantearle su posible vocación. Dios no es sólo quien llama al hombre a comprometer su vida en caminos de santidad y de apostolado cristiano, sino que escoge también el momento de la llamada,

el «día oportuno» y la hora, que para unos es la primera y para otros la undécima (cfr. Mt XX, 1-16). Tiempos tan anormales como los que habían vivido nuestros amigos croatas en Roma, cuando el mismo mañana resultaba incierto, no eran los más apropiados para tomar determinaciones que comprometieran toda la existencia.

En la primavera de 1946, las circunstancias habían cambiado mucho. Vlado y su amigo Anton se hallaban en una situación regular, disponían de una documentación de refugiados y se movían por Roma con toda libertad. Vlado había incluso reanudado sus estudios en el Laterano, y estaba a punto de recibir el diploma de licenciado en Derecho. Don Alvaro, que ahora vivía con nosotros en Roma, tuvo pronto ocasión de conocer a los dos croatas y vio claro que Vlado reunía todas las condiciones para entregar su vida al Señor en el Opus Dei. En vista de ello dijo a Salvador que podía plantearle la cuestión vocacional. El 24 de abril, miércoles de Pascua, Salvador habló a Vlado de la Obra, y le dijo que pensaba que el Señor podía llamarle a una vida de entrega total en el Opus Dei. Nadie mejor que el propio Vlado para revelar cual fue su reacción interior ante las palabras de Salvador: «Cuando Salvador me habló de la Obra —escribía al Beato Josemaría Escrivá en una larga carta del 3 de junio de 1946— experimenté una profunda impresión. Ya las primeras palabras suscitaron en mí un fuerte atractivo. Aquel día, antes de dejarle, mi decisión estaba tomada, y sentía en mi corazón una alegría y un entusiasmo que hasta ese día nunca

había experimentado». Vlado no dejó, sin embargo, traslucir abiertamente estos sentimientos; se manifestó muy bien dispuesto, pero no decidido aún: *mi manca una scintilla per decidermi* —«me falta una chispita para decidirme»—, respondió a Salvador. La espera fue en todo caso muy breve: el viernes, 26 de abril, se presentó en nuestra casa, trayendo la carta en que pedía la admisión.

La carta de Vlado planteó un inesperado problema: estaba escrita en croata, un idioma que, como puede presumirse, era para nosotros ininteligible. Así se lo hicimos ver, pero él insistió en que esa carta encerraba la decisión más importante de su vida, y por esa razón era forzoso que la escribiera en su lengua natal. No tardamos en llegar a una amigable solución de compromiso: la carta en croata era el documento «oficial» de su petición de admisión; pero con el fin de que el Padre —a quien la carta iba dirigida— pudiese hacerse cargo de lo que en ella le decía, nos entregaría también una versión italiana. Sobre la marcha escribió Vlado la traducción al italiano, y al leerla pudimos comprobar que había comprendido perfectamente la naturaleza propia de la vocación al Opus Dei.

El progreso espiritual de Vlado, la rapidez con que avanzó por los caminos de la vida sobrenatural, quedó bien patente en la larga carta ya mencionada del 3 de junio, en la que abrió de par en par su corazón al Beato Josemaría. Ese documento constituye un luminoso testimonio de la historia íntima de Vlado, hasta que pidió la admisión en la Obra, y de

las nuevas perspectivas que se abrieron ante sus ojos desde el momento de la entrega. Desde entonces —escribía—, «he pensado y repensado mucho sobre el significado de este importante paso. Había comenzado para mí una nueva vida, una vida de oración y de trabajo, llena de paz y alegría interior». Es cierto —seguía diciendo— que existían aún obstáculos y dificultades: «hasta ahora no puedo decir —como los otros pueden atestiguar— que haya avanzado mucho. Me encuentro todavía en los comienzos; pero tengo una enorme confianza en que el Señor me ayudará: más aún, siento ya que me está ayudando». Vlado, además, tuvo la inmensa suerte de contar, para su primera formación con una ayuda excepcional: la dirección espiritual impartida personalmente por don Alvaro del Portillo. Por eso, sus defectos, sus dificultades en la oración, las distracciones, no le inquietaban: «sirven para hacerme ver cuán lejos me encuentro aún del ideal. Y en esto, don Alvaro representa para mí una ayuda preciosa: me resuelve todas las dificultades y, si en alguna ocasión no acierto a explicarle todo aquello que me sucede, él lo adivina y me comprende».

Esta fue la primera vocación romana del Opus Dei. Cuando, en el mes de junio de aquel año 1946, el Beato Josemaría llegó a la Ciudad Eterna y tuvo ocasión de conocer a Vlado, se llenó de alegría ante aquel hijo suyo croata, de alma grande y generosa. Con el paso de los años, la personalidad humana y sobrenatural de Vlado fue siempre a más, con la ayuda de la gracia y su correspondencia fidelísima.

En él se cumplió a la letra aquel dicho del Fundador de la Obra, tan buen conocedor de los caminos de la santidad cristiana: «las almas, como el buen vino, se mejoran con el tiempo». Un excelente retrato del perfil espiritual de Vlado, con la perspectiva de toda su vida, puede encontrarse en la nota necrológica escrita a raíz de su fallecimiento: «Llamaba la atención su carácter equilibrado, sereno, inteligente; con grandes dotes para captarse la amistad de todos, admirable delicadeza y un agudo sentido de la oportunidad. Se relacionaba fácilmente y de modo apostólico con los que le rodeaban, cualquiera que fuese su procedencia o la situación en que se encontraran. Era característica su capacidad para situarse con sentido sobrenatural ante sucesos, cosas y personas, dando siempre una nota de simpatía humana».

La vida de Vlado no fue larga, pero sí muy llena en el servicio a Dios, a la Iglesia y a la Obra. Se trasladó a España en el verano de 1946, y aquí permaneció por espacio de una década. Su principal dedicación fueron las labores de enseñanza: durante varios años trabajó como profesor y subdirector del Colegio «Gaztelueta», en Vizcaya, donde dejó un excelente recuerdo por sus dotes de educador y su simpatía personal. De vuelta en Roma, obtuvo en 1957 el Doctorado en Teología por la Universidad Lateranense, y llamado al sacerdocio por el Padre, en agosto de 1958 recibió en Madrid la ordenación presbiteral. Durante varios años ejerció el ministerio pastoral en distintas ciudades europeas —Milán, Colonia y, sobre todo, Zurich—, hasta

el año 1966 en que la Santa Sede le nombró Director de la Obra de Emigración croata en todo el mundo. Era un encargo importante y de considerable responsabilidad, que le obligaba a viajar mucho para atender a los croatas de la «diáspora», establecidos en muchos países del mundo, y en especial a los sacerdotes compatriotas suyos, encargados de la atención espiritual de las diversas comunidades.

En los años siguientes Vlado y yo tan solo coincidimos en contadas ocasiones. Por esta razón recuerdo que me dio alegría recibir, en marzo de 1967, fechada en Estocolmo, una tarjeta de felicitación por San José. En ella recordaba viejos tiempos y expresaba la esperanza de que algún día volveríamos a encontrarnos. Ese nuevo encuentro —que iba a ser el último— se produjo de modo imprevisto en Roma, en septiembre de aquel mismo año 1967. Había acudido yo a Roma, en la última decena del mes, para participar en un congreso sobre *Historia Sollicitudinis omnium Ecclesiarum*, en el que se me había asignado una de las ponencias. Estuve alojado en la «Residenza Universitaria Internazionale», situada en la zona del EUR, y allí me encontré con Vlado que pasaba algunos días en Roma. La razón de su presencia era doble: se encontraban en la Urbe, llegados de los cinco continentes, unos cuarenta sacerdotes croatas que ejercían el ministerio en comunidades de compatriotas suyos dispersos por el mundo. Estos sacerdotes hacían un retiro espiritual de varios días, dirigido por Vlado y por el cardenal Seper, arzobispo de Zagreb. Pero había

otra razón para la presencia de Vlado: la llegada a la Urbe de una gran peregrinación procedente de Croacia. Fue la primera peregrinación a Roma autorizada por el gobierno comunista de Yugoslavia, y vinieron en ella más de seis mil peregrinos. Pero esta «romería» era para Vlado motivo de especial emoción y alegría: después de largos años —un cuarto de siglo— volvió a encontrarse con su familia, con su madre, sus hermanos y sus sobrinos. Vlado les celebró la Santa Misa en el oratorio de la Residencia y pasó largos ratos con ellos. Ese encuentro con la familia —aunque entonces nadie pudiera sospecharlo— iba a ser también la despedida.

A principios de marzo de 1968, Vlado, en el ejercicio de su misión, estaba viajando por América. Su última escala fue Caracas, donde atendió a sus compatriotas residentes en Venezuela. El miércoles día 6 murió en las Antillas francesas, cuando el avión de «Air France» en que volaba, debido, según la versión oficial, a un error del piloto, sufrió un accidente cuando se disponía a tomar tierra en la isla de Guadalupe. Fue una de esas «desgracias» que la Providencia divina permite, y cuyo último sentido nos da aquella doctrina de San Pablo: «para los que aman a Dios todas las cosas son para bien» (Rom VIII, 28). El amigo de Vlado, Anton Wurster, le había precedido en el tránsito a la vida eterna. Fue miembro supernumerario del Opus Dei, y uno de los primeros profesores —admirado y querido por los alumnos— de la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad de Navarra; falleció en Pamplona el 20 de noviembre de 1961. Aquellos

dos amigos, que tan unidos vivieron tiempos difíciles en esta tierra, volverían a encontrarse y habrán prolongado su amistad en la Casa del Padre Celestial.

## DIFICULTADES

El sábado 16 de marzo don Alvaro hizo entrega en el Palacio de las Congregaciones de la petición del Beato Josemaría Escrivá, solicitando la aprobación pontificia del Opus Dei; la petición iba acompañada de las cartas comendaticias del episcopado y de otros documentos adicionales. El Subsecretario de la Congregación de Religiosos, P. Arcadio Larraona, que más tarde sería promovido al cardinalato, fue quien se hizo cargo de toda la documentación, y por sus palabras pudimos adivinar que la concesión del decreto de aprobación que solicitaba el Fundador de la Obra no sería tan fácil ni tan rápida como habíamos pensado. La razón era la misma novedad que el Opus Dei representaba en la vida de la Iglesia y que hacía que los técnicos no vieran clara ni su posibilidad de encuadramiento en

el ordenamiento eclesiástico, ni cual habría de ser el procedimiento más adecuado para otorgar el mencionado decreto de aprobación.

No se trata de exponer aquí la problemática canónica, tal como aparecía planteada en aquel momento, ya que esa cuestión no cabe en un libro de las características de éste. Quien sienta interés por el tema puede consultar la gran obra de Fuenmayor, Gómez Iglesias e Illanes «El Itinerario jurídico del Opus Dei». Aquí bastará con decir que las opiniones de los técnicos podían reducirse sustancialmente a dos: la de los que sostenían que la Obra podría encajar, sin poner en entredicho sus características fundamentales, en el título XVII del libro II del Código de Derecho Canónico entonces vigente; y la opinión de los que pensaban cabalmente lo contrario, entre los que figuraban los principales responsables del dicasterio de la Santa Sede al que correspondía entender sobre la cuestión. Para éstos, la Obra no tenía cabida en el mencionado título del Código ni en ningún otro; la aprobación pontificia del Opus Dei tendría que esperar a que se sancionara una nueva normativa canónica, ajena al Código de 1917, y que habría de servir de cauce a las que los especialistas habían bautizado genéricamente como «nuevas formas de vida cristiana».

Don Alvaro tenía que afrontar la responsabilidad de negociar con los técnicos de la Curia Romana en una situación ya de por sí delicada, y agravada además por la dificultad de comunicaciones con Madrid, donde se encontraba el Fundador de la Obra. España e Italia seguían casi aisladas, sin otro

cauce regular para relacionarse que el correo marítimo semanal entre Barcelona y Génova. No había servicio telefónico, ni tampoco funcionaba el correo. La única vía para transmitir noticias con relativa rapidez —aunque con los inconvenientes y limitaciones fáciles de adivinar— era el telégrafo. Tan sólo aprovechando los raros viajes de alguna persona amiga era posible enviar y recibir cartas explicando con más detalle la marcha de las cosas. Las reiteradas alusiones a intercambios de telegramas, que aparecen en el «diario» de aquella primera casa romana, pueden ayudar al lector a hacerse cargo de las dificultades de comunicación.

El 25 de marzo don Alvaro envió un telegrama al Beato Josemaría haciendo referencia a las dificultades surgidas y a las demoras que iba a sufrir la aprobación. Esta noticia motivó que el Padre, lógicamente inquieto, telegrafiase el 27 a don Alvaro y que éste, en el mismo día, le enviase un nuevo telegrama, tratando de «explicarle» la situación. El 1 de abril, don Alvaro telegrafiaba otra vez al Fundador de la Obra y al siguiente día le enviaba un nuevo mensaje de setenta y cinco palabras. En esta misma fecha se recibieron en Roma dos telegramas del Beato Josemaría, en uno de los cuales llegaba a decir que don Alvaro se trasladara inmediatamente a España, aunque el segundo rectificaba en este punto al anterior. Es fácil todavía hoy, releyendo las páginas del «diario», percibir la preocupación que hubo de sentir el Padre ante los obstáculos surgidos en el camino de la aprobación, y que la lejanía y las

dificultades de comunicación contribuían inevitablemente a incrementar.

La audiencia que don Alvaro tuvo con el Papa Pío XII el miércoles 3 de abril produjo, al parecer, un resultado de indudable trascendencia: sirvió para que, aunque fuese a largo plazo, comenzara a perfilarse en el horizonte un principio de solución. El martes, 9 de abril, un alto dignatario de la Curia anunció, sin ser más explícito, que tenía buenas noticias y al día siguiente añadió una frase más bien enigmática, que parecía un acertijo: «lo único que puedo decirles es que ahora es urgente esperar». Pero, ¿qué es lo que cabía esperar y hasta cuando? El Papa habría expresado su deseo de que cuanto antes comenzara a estudiarse el problema de las «nuevas formas de vida cristiana». Pero esa indicación del Pontífice, que en principio constituía una buena noticia, encerraba también un riesgo: todo el proceso de aprobación de la Obra quedaba interrumpido, no se sabía por cuanto tiempo; y conociendo la parsimonia con que la Iglesia procedía entonces y la tradicional resistencia de la Curia Romana a las innovaciones, no cabía predecir cuánto se tardaría en sancionar la nueva normativa legal, al margen del Código, que deparase a la Obra un lugar más o menos adecuado y le permitiera recibir la aprobación de la Santa Sede. «Las cosas de Palacio van despacio», y ese dicho cuadraba bastante bien con la lenta marcha del reloj de la Curia de hace medio siglo, donde el *dilata* era a menudo un expediente para enterrar los asuntos. En este contexto se entiende la advertencia que don Alvaro

escuchó semanas más tarde de uno de los monseñores de la alta burocracia vaticana. «Han llegado ustedes con un siglo de anticipación», lo que equivalía a decir: «váyanse a su casa y vuelvan a solicitar la aprobación a mitad del siglo XXI».

A principios de mayo recibimos la noticia de que Florentino Pérez Embid llegaría a Roma, trayendo en mano un correo con nuevos documentos y papeles relacionados con la solicitud de aprobación de la Obra. Florentino hizo el viaje por la única ruta posible: de Barcelona a Génova por mar y luego, en tierra italiana, por carretera. Llegó a Roma el lunes 6 de mayo, a primera hora de la mañana, después de pasar la noche en uno de los autobuses de línea, que por aquellas semanas comenzaban a prestar servicio. Doce días, que jamás olvidaría, pasó Florentino en Roma. Él, que había nacido en Aracena, era también sevillano por adopción. Historiador de profesión, tenía sensibilidad de artista y alma de poeta. Florentino gozó lo indecible visitando el Foro y la Roma barroca, las grandes basílicas y los jardines de la Villa d'Este, que desde toda la vida deseaba conocer. Se pasaba muy bien con Florentino viéndole disfrutar y escuchando su charla aménísima y llena de gracejo andaluz, saludable contrapunto frente a los tecnicismos jurídicos, sobre los que versaban las conversaciones de don Alvaro con los teólogos y canonistas de la Curia.

Por lo demás, durante aquel mes de mayo, la temperatura de la vida pública italiana subía de día en día. La guerra había quedado atrás y al lenguaje de las armas sucedía ahora la lucha política. Italia

vivía bajo un régimen provisional, y para el 2 de junio estaba convocado un referéndum que habría de decidir entre monarquía y república. El 9 de mayo —demasiado tarde para la causa de su dinastía— abdicó el viejo rey Víctor Manuel III, que había sido aclamado como un héroe cuando provocó la caída del fascismo y se hizo profundamente impopular en pocos meses, tras el fracaso del armisticio del 8 de septiembre de 1943 y las nefastas consecuencias que trajo: una guerra que durante casi dos años devastó de punta a punta la península italiana. A Víctor Manuel, que había establecido su residencia en El Cairo, le sucedió su hijo, Humberto II, que desde la «liberación» había desempeñado la Jefatura del Estado, con el título de «Lugarteniente General del Reino». El 10 de mayo, una manifestación monárquica recorrió las calles de Roma, para expresar la adhesión al nuevo rey y terminó ante el Palacio del Quirinal. La réplica vino al día siguiente, con otra gran manifestación, ésta en favor de la república.

El país se hallaba dividido y se preveía una lucha enconada; pero aunque los sondeos de opinión por aquel entonces estaban aún en mantillas, el ambiente que se respiraba hacía aparecer como más probable el triunfo de la opción republicana. Por la república se pronunciaba en bloque la izquierda socialista y comunista y la tradición laica burguesa, de ascendencia mazziniana y garibaldina. Pero la solución republicana era también preferida por muchos católicos, de inspiración «popolare» o democristiana. La Casa de Saboya, en fin de cuentas, había

abolido los Estados Pontificios, y el recuerdo del asalto a la Porta Pía seguía pesando, aún después de los Pactos Lateranenses y la Conciliación entre el Vaticano y la nueva Italia. Era evidente que el triunfo de la república, aunque no hubiera de considerarse como una revancha pontificia, traería unas consecuencias que el paso del tiempo no ha hecho más que confirmar: sin un Rey en el Quirinal —y naturalmente, sin un «Duce» en el Palacio Venecia— en Roma no quedaba más que el Papa, porque un Presidente republicano poca sombra podría hacerle. Y así ha ocurrido que, desaparecida la monarquía de los Saboya, Roma ha vuelto a ser un poco más la Roma de siempre, la Ciudad de los Papas. No hace falta decir que las previsiones se cumplieron y el referéndum del 2 de junio, aunque por un modesto margen, trajo a Italia la república.

El sábado 18 de mayo, Florentino y yo emprendimos viaje de regreso a España. De lo ocurrido en Roma durante las semanas siguientes no soy por tanto testigo presencial, aunque no resulta difícil reconstruir el curso de los acontecimientos. Cada vez se veía con más claridad que las cosas se hallaban empantanadas, en un callejón sin salida, y que don Alvaro había agotado sus posibilidades de romper el punto muerto. Fue entonces cuando, el lunes 10 de junio —después de considerarlo despacio en la oración— resolvió escribir una larga carta al Beato Josemaría, informándole de cuál era la situación y pidiendo que se trasladara a Roma. Solamente él —pensaba don Alvaro— con su autoridad de Fundador y la fuerza de su personalidad excepcional, po-

dría ser capaz de conseguir lo que humanamente parecía un imposible: el logro, en un plazo razonable, de la aprobación pontificia.

La carta de don Alvaro iba a llevarla un amigo nuestro, el Agregado Comercial de la Embajada española ante el Quirinal, Luis García de Llera, que al día siguiente proyectaba marchar a Madrid en un avión especial. Pero el viaje de García de Llera se retrasó, y don Alvaro pudo entregarle una segunda carta, dando cuenta al Padre de la larga entrevista, de una hora de duración, que había mantenido el 12 de junio con Mons. Montini. Todavía surgieron nuevas demoras, y hasta el domingo 16 no pudo salir con destino a Madrid el avión de nuestro amigo. Ese mismo día 16 llegó a Roma, también en avión, el periodista Julián Cortés Cavanillas y trajo una carta del Fundador de la Obra. Esta carta la había escrito el Padre aquella misma mañana, pero antes de poder leer las de don Alvaro, que no recibió hasta última hora de la tarde. «El Padre —anotó don Alvaro en el “diario” de Piazza Navona— dice que no se encuentra bien, pero en cuanto yo le ponga un telegrama, viene». En Madrid, el Beato Josemaría había llegado al convencimiento de que su presencia en Roma era seguramente ineludible, y se encontraba dispuesto a lo que hiciera falta. Lo que a continuación ocurrió, tanto en España como en Italia, el lector podrá conocerlo en los capítulos siguientes.

## DECISIONES

El miércoles, 22 de mayo de 1946, Florentino Pérez Embid y yo llegamos al puerto de Barcelona a bordo del «J. J. Síster». Aquella misma noche viajé en el exprés de Barcelona a Madrid y, con la emoción y alegría de siempre, volví a ver al Beato Josemaría, después de una ausencia de tres meses. Le entregué una extensa carta de don Alvaro y luego, de palabra, lo mejor que supe, traté de ponerle al corriente de la situación en que se encontraban a nuestra salida de Roma las gestiones encaminadas a lograr la aprobación de la Obra. Le hablaría sin duda de que el camino se presentaba erizado de dificultades, que se derivaban no tanto de mala voluntad por parte de las personas como de dudas e insuficiencias de carácter técnico, que no parecía fácil salvar en poco tiempo. Pero no podría decirle

mucho más, porque al despedirme de don Alvaro la pelota estaba todavía en el tejado y sería en las semanas siguientes cuando quedaría claro que se esfumaban por el momento las esperanzas de poder conseguir el decreto de aprobación.

Desde Madrid marché a Zaragoza, con el fin de celebrar los exámenes extraordinarios de los alumnos de Historia del Derecho suspendidos en la convocatoria de febrero, y por un breve período de tiempo viví en un ambiente universitario, muy alejado desde todo punto de vista del gran negocio que se estaba debatiendo en Roma. Terminaron los exámenes, y el 15 de junio me encontraba de nuevo en Madrid, sin un plan determinado y a la espera de lo que pudiese pasar. Fue una espera muy corta, que terminó súbitamente el domingo día 16. En esa fecha se recibió en Madrid un telegrama de don Alvaro anunciando que Luis García de Llera, el diplomático amigo, podía por fin volar con destino a Madrid, y llevaba unas cartas para el Padre. Como yo era el único que conocía a García de Llera, recibí el encargo de acudir al aeropuerto de Barajas, con el fin de recoger allí mismo el correo que trajera, y evitarle la molestia de tener que llevarlo al Centro de la Obra donde tenía su residencia el Fundador.

El que acude hoy a Barajas difícilmente podrá imaginar lo que era el Barajas de hace medio siglo. Más que aeropuerto apenas merecía llamarse aeródromo, un pequeño aeródromo provinciano con escasísimo tráfico y una «terminal» tan modesta que parecía más bien una barraca. García de Llera venía

de Roma aprovechando el vuelo de los tres primeros aviones Douglas, DC 3, que habían sido adquiridos por «Iberia» para remozar su flota. Se trataba de aparatos militares de transporte que, una vez llegada la paz, los americanos vendían a buen precio, como excedentes de material de guerra. El primero de ellos se detuvo muy cerca de la «terminal», y algunas personas que esperábamos allí acudimos al pie de la escalerilla. Bajó por ella el embajador de España ante el Quirinal, José Antonio de Sangróniz —a quien Humberto II, en uno de sus últimos actos como rey, acababa de conceder el título de marqués de Desio— y tras él nuestro amigo Luis García de Llera. Éste, en cuanto me vio abrió la cartera, sacó un sobre y me dijo: «Este es el correo que me ha entregado Alvaro del Portillo». Le di las gracias, nos despedimos con toda cordialidad y, de vuelta en Madrid, hice lo único que me correspondía hacer: llevar el sobre al Centro de la Obra donde residía el Padre, en la calle de Diego de León y entregarlo a uno de los miembros del Consejo que ayuda al Padre en el ejercicio de su labor de gobierno y que lo estaba esperando; creo recordar que fue don Francisco Botella. Y no supe nada más por aquel día.

Fue al día siguiente, lunes, cuando recuperé, ¡y en qué circunstancias! el hilo de la historia romana. Serían aproximadamente las tres de la tarde cuando recibí una llamada telefónica de don Francisco Botella, que sin más preámbulos dijo: «El Padre ha de marchar a Roma, ¿podrías acompañarle?». Sin tiempo siquiera para sorprenderme —y sin la menor

vacilación— respondí enseguida que sí. «Pues bien —prosiguió don Francisco— arregla si hace falta tus papeles y llama a Barcelona para que encarguen los pasajes en el primer barco con destino a Génova, el del viernes de esta semana. Habréis de salir de Madrid pasado mañana, miércoles». La razón de que pensarán en mí para acompañar al Padre fue sin duda porque disponía de un pasaporte en regla, con los visados, incluso, de salida de España y entrada en Italia. Tenía además experiencia de la ruta que habríamos de seguir, pues era la tercera vez que iba a recorrerla en los últimos tres meses. Lo más pronto que pude llamé a Barcelona, a Francisco Ponz y le pedí que reservara los pasajes, indicándole que si surgía alguna dificultad fuese a ver al Inspector de la Transmediterránea, don Antonio Dezcallar, pariente mío, y al que él ya había conocido con ocasión del viaje marítimo de don Alvaro; Dezcallar haría todo lo posible por solventar cualquier problema.

¿Qué había ocurrido en las últimas horas, desde que entregué en Diego de León el correo proveniente de Roma? La carta de don Alvaro al Beato Josemaría —ya lo escribimos antes— venía a decirle que él había llegado al límite de sus posibilidades: «yo no puedo hacer más... ahora le toca a usted». Y don Alvaro reclamaba la presencia del Padre, le pedía que viajase a Roma, a pesar de su estado de salud, porque así lo demandaba el bien de la Obra. El Padre —conviene recordarlo— estaba seriamente enfermo de diabetes; no se me ha borrado la penosa impresión que recibí al volver a verle, en noviembre

de 1945, después de tres años de ausencia. Le encontré más grueso, con una gordura patológica, que era un efecto de la enfermedad; y la diabetes dejaba huellas bien visibles en su cuello, con varios forúnculos abiertos y cicatrices o costurones de otros anteriores. Y en cuanto al viaje, será bueno advertir que en nada habría de parecerse a los fáciles vuelos de ahora, que en un par de horas llevan al pasajero de Madrid a Roma. El viaje tendría que discurrir en sus distintas etapas por tierra, mar y tierra, y se prolongaría a lo largo de cinco días; así fue, efectivamente, aquel primer viaje romano del Fundador de la Obra: salió de Madrid un miércoles y no llegó a Roma hasta el domingo, casi a las diez de la noche.

En la mañana del lunes, 17, el Beato Josemaría acudió a la consulta del doctor Juan Rof Carballo, que era el médico que le trataba la diabetes, y le expuso en breves palabras el objeto de la visita: de Roma le llamaban y decían que era necesaria su presencia en la Ciudad Eterna; el doctor seguía de cerca la enfermedad y conocía su estado. La pregunta era muy sencilla: ¿le autorizaba a viajar a Roma, tal como de allí le pedían? La respuesta de Rof Carballo fue también clara y rotunda: no solamente no aconsejaba el viaje ni lo autorizaba, sino que, si marchaba, no asumía la responsabilidad de lo que fuese a ocurrir, porque podría ponerse en peligro su vida. El Padre le agradeció mucho su franqueza y le dijo que eso era, justamente, lo que deseaba oír de él: su parecer sobre el viaje desde el punto de vista médico.

Conocida la opinión del doctor, el Beato Josemaría reunió a los miembros del Consejo General de la Obra en un Centro situado en la madrileña calle de Villanueva. Allí vivía don Pedro Casciaro —uno de los miembros del Consejo— que se encontraba en cama, con un fuerte ataque de gripe. En la habitación del enfermo se reunieron todos los demás, con excepción, naturalmente, de don Alvaro, que estaba en Roma. El Padre les habló más o menos en estos términos: «aquí tenéis la carta de vuestro hermano Alvaro, que dice que para tratar de conseguir la aprobación de la Obra es necesaria mi presencia en Roma; el parecer del médico es desfavorable, y no responde de lo que pueda ocurrir si me pongo en viaje. Ahora vosotros consideráis las cosas delante de Dios, y después me decís lo que pensáis que debo hacer». Y el Padre salió de la habitación, dejando a aquellos hijos suyos bastante preocupados, como le oí más tarde comentar al propio Padre. La espera no duró mucho, lo más un cuarto de hora. Aquellos hombres, jóvenes pero fieles y habituados a enjuiciar las cosas con criterio sobrenatural, acudieron a la habitación donde les esperaba y dijeron al Fundador: «Padre, nos parece que debe usted marchar». «Os lo agradezco —les respondió—; pero hubiera ido en todo caso: lo que hay que hacer se hace». Estaba claro que el Padre tenía tomada de antemano su decisión; pero quería contar con el parecer del Consejo, aunque fuese sólo a título consultivo.

En aquel mismo momento, el Beato Josemaría expresó su deseo de emprender el viaje cuanto an-

tes, en el primer barco que zarpara de Barcelona para Génova. Fue entonces, también, cuando el Padre y el Consejo pensaron en mí para acompañarle, y don Francisco Botella se encargó de llamarme por teléfono, tan pronto hubiera pasado la hora del almuerzo. Todos los preparativos quedaron a punto en sólo dos días. El martes, 18, envié un telegrama a Roma, que para mayor seguridad dirigí al Consulado de España; el telegrama se lo leyeron a don Alvaro por teléfono el miércoles a primera hora de la mañana. En él se decía simplemente que el sábado, día 22, llegaría a Génova con el Padre. Cuarenta y ocho horas después de aquel lunes histórico, a primera hora de la tarde, el automóvil que conduciría al Padre hasta Barcelona se ponía en marcha, desde la puerta del chalet que hacía esquina entre las calles de Lagasca y Diego de León. Se habían reunido allí, para despedir al Padre, los miembros del Consejo y algunos más que tuvieron noticia de la hora en que emprendería el viaje. En todos se advertía una sensación inédita, como de pena y orfandad. Era la primera vez que el Fundador marchaba a otro país, por un tiempo que probablemente sería largo. En manos de los jóvenes integrantes del Consejo General quedaba la tarea ordinaria del gobierno de la Obra en España. Al Beato Josemaría se le veía sereno pero conmovido, y su última despedida, al arrancar el coche fue un gesto de adiós y una sonrisa.

## DE MADRID A BARCELONA

El viaje de Madrid a Barcelona, con escala en Zaragoza, lo realizó el Fundador del Opus Dei en un pequeño «Lancia» negro, de cuatro asientos y una silueta con cierto aire de escarabajo, que era el automóvil empleado habitualmente por él para sus correrías por Madrid y por España. Los integrantes del Consejo, con el fin de no interferir en el trabajo profesional o el estudio de los miembros de la Obra y dar al Padre mayor libertad de movimientos, habían contratado a un conductor profesional. Miguel Chorniqué, que así se llamaba, era un hombre joven—de menos de treinta años—, ancho, fuerte, y había sido conductor de camión. No era de la Obra, pero el Padre le trataba con gran afecto y confianza y hablaba delante de él con la misma libertad que si se tratara de uno de sus hijos. Cuando el Beato

Josemaría fijó su residencia en Roma, Miguel se convirtió en taxista y al cabo de algunos años, este buen trabajador del volante pidió la admisión como miembro supernumerario del Opus Dei.

Llegamos a Zaragoza a última hora de la tarde y a la puerta del hotel estaban esperando al Padre los únicos miembros del Opus Dei que entonces residían en la ciudad: José Manuel Casas Torres, catedrático de la Facultad de Letras y futuro gran maestro de toda una generación de geógrafos españoles, y Miguel Ángel Madurga, estudiante de últimos cursos de Medicina. Tuvimos una pequeña cena de familia, en la que el Beato Josemaría estuvo recordando sus tiempos de Zaragoza, una ciudad para él inolvidable, donde pasó buena parte de su juventud y fue ordenado sacerdote. Los recuerdos evocaron también el Seminario de San Carlos y la Universidad, sus maestros y compañeros de estudios. Como siempre, su conversación combinaba de manera inimitable el sentido sobrenatural, el cariño paterno y el buen humor; e invitaba también a sus hijos a tener certeza firmísima en un luminoso futuro: ante aquellos comienzos modestísimos —dos hombres jóvenes y nada más— el Padre contemplaba, como si fuera ya una realidad presente, la gran labor que pronto existiría en Zaragoza y en todo Aragón.

José Manuel y Miguel Ángel quedaron en venir a recoger al Padre por la mañana, para acompañarle a celebrar Misa en una iglesia cercana. Habían pensado que la más apropiada sería la parroquia de Santa Engracia, el célebre santuario de las Santas Masas que desde la Reconquista de la ciudad por

Alfonso el Batallador pertenecía a la diócesis de Huesca; era una de esas anomalías históricas, que se remontaba al siglo XII y que sería rectificadas en la década de los años cincuenta, en virtud de un arreglo territorial entre los obispados de Zaragoza y Huesca. Llegamos a la iglesia y la encontramos llena de bote en bote, con multitud de familias vestidas con sus mejores atuendos que participaban en una gran solemnidad religiosa. La razón era que aquel jueves, 20 de junio, se celebraba la fiesta del Corpus y tenía lugar la primera Comunión de los niños de la parroquia. Entramos directamente en la sacristía y el Padre dijo que era un sacerdote que estaba de paso y, como debía proseguir el viaje, agradecería que le permitiesen celebrar Misa lo antes posible en alguna capilla. En pocos minutos los sacristanes prepararon todo lo necesario, y como el párroco y los coadjutores se hallaban en la iglesia, muy ocupados con las primeras Comuniones, nadie reconoció al Fundador de la Obra, que pudo celebrar en la capilla del Santísimo, ayudado por Miguel Ángel Madurga, y con José Manuel Casas y yo como únicos asistentes. Una sola incidencia se produjo, que aunque sea anecdótica merece la pena ser recordada. En un determinado momento se acercó un sacristán y en voz baja dijo a Miguel Ángel que uno de los niños se había retrasado y no había podido comulgar con sus compañeros: ¿querría el Padre darle la primera Comunión en la Misa que estaba celebrando? El Beato Josemaría accedió gustosamente, y así, al llegar el momento oportuno, el niño se acercó y el Padre le dio la Comunión. No

sé quien sería aquel niño que, si todavía vive, será hoy un hombre bien maduro. Tampoco él ni sus familiares habrán sabido nunca que el sacerdote que le dio la Primera Comunión era el Beato Josemaría Escrivá.

Antes de continuar el viaje, y como siempre que pasaba por Zaragoza, el Fundador del Opus Dei fue a la basílica de Nuestra Señora del Pilar. Este camino hacia Roma, lo convirtió el Padre en una auténtica peregrinación mariana, deteniéndose en los grandes santuarios de la Virgen, para poner en sus manos el difícil negocio que le aguardaba en la Ciudad Eterna. Al entrar en el templo nos dirigimos a la Santa Capilla, donde él había celebrado la primera Misa y que durante los años de estancia en Zaragoza visitó todos los días. Después de rezar ante la imagen de la Virgen, hizo algo que le vi siempre hacer en cuantas ocasiones le acompañé a aquel templo: fue a besar la columna por el hueco abierto detrás de la Capilla. Al Beato Josemaría le conmovía la concavidad producida en aquel pilar granítico, erosionado por el roce de los labios de millones de fieles, unos besos filiales que constituyen un pétreo testimonio de la fe y el amor de los hijos, perpetuado a lo largo de los siglos.

La carretera de Zaragoza a Barcelona atravesaba la ciudad de Lérida, y allí nos detuvimos para un rápido almuerzo. Seguimos adelante, y al llegar a los Bruchs una señal viaria anunciaba un desvío a la izquierda con un cartel que decía: «Montserrat». Estábamos a primera hora de la tarde de uno de los días más largos del año, y la reacción del Beato

Josemaría ante aquel nombre fue inmediata: «podríamos subir a Montserrat a saludar a la Virgen». Tomamos el camino que asciende a la montaña y antes de una hora estábamos rezando ante la «Moreneta», la celestial Patrona de Cataluña, y encomendando una vez más el viaje a Roma.

Terminada la visita a la Virgen, salió el Padre hacia el coche, creyendo que su presencia allí había pasado inadvertida, como ocurrió en el Pilar de Zaragoza. Pero los monjes de Montserrat tenían los ojos más abiertos que los canónigos aragoneses y ellos, sí, reconocieron al Beato Josemaría. Un monje se acercó a él y le preguntó: «¿No es usted el Fundador del Opus Dei?». Contestó el Padre que sí y el monje comentó: «le vimos rezando en la Iglesia, nos ha parecido que era usted y hemos avisado al abad. Éste tendría mucho gusto en saludarle, si pudiera detenerse unos momentos en el monasterio». Respondió el Padre que también a él le daría una gran alegría saludar al Padre abad, y al instante el abad Escarré salía al portal y abrazaba con grandes muestras de afecto al Beato Josemaría. A renglón seguido los dos entraron en una salita, donde conversaron a solas por espacio de una hora. Entre tanto, uno de los monjes me llevó a visitar la biblioteca, que era entonces y sigue siendo hoy, una de las mejores de España para los estudiosos de ciencias eclesiológicas.

A media tarde —entre las seis y las siete— llegamos a Barcelona. Fuimos directamente a la «Clínica», el Centro de la Obra de la calle de Muntaner donde el Padre iba a pasar la noche. Pero quedaban

aún algunas horas antes de la cena y el Beato Josemaría quiso aprovecharlas para estar con sus hijos más jóvenes, que seguían viviendo aún con sus familias. A las 8, el Padre llegó al «Paláu», un modesto entresuelo en la calle de Balmes, donde aquellos muchachos pasaban buena parte del día, y que era además el «punto de ignición» de una amplia labor apostólica, dirigida, sobre todo a los estudiantes de la Universidad. En el «Paláu» se congregó en torno al Fundador de la Obra un puñado de los miembros más recientes y también algunos «mayores» que acudieron allí: don José M.<sup>a</sup> Hernández Garnica, que estaba de paso en Barcelona, Francisco Ponz, Rafael y Jaime Termes, Juan Bautista Torelló, entre otros. Fue una tertulia improvisada, pero larga y entrañable, en la que el Padre se volcó con sus hijos catalanes, y que el redactor del «diario» apenas acierta a resumir. El Beato Josemaría evocó cosas recientes, entre ellas la audiencia de don Alvaro con el Papa del pasado tres de abril; pero les habló también de cosas antiguas, como los comienzos de su labor con estudiantes, uno de los cuales, que cuando comenzó a tratarle apenas tenía dieciséis años, era el doctor Juan Jiménez Vargas, ahora catedrático de la Universidad barcelonesa. El Padre mostró también a aquellos muchachos un montón de fotografías de la reciente ordenación de los nuevos diáconos, que había tenido lugar en Madrid, en el oratorio del Centro existente en las calles de Lagasca y Diego de León, que era entonces la sede central del Opus Dei. Más de una hora —hasta las 9 y cuarto de la noche— permaneció el Beato Josema-

ría en el «Paláu», y el encargado de escribir el «diario» terminaba así la página correspondiente a aquel jueves, 20 de junio de 1946, festividad del Corpus Christi: «¡Ha sido el día que yo recuerde en que el Padre ha permanecido más rato con nosotros!... En resumen, una tarde memorable, que difícilmente se nos olvidará».

El viernes, 21 de junio, era el día en que el Beato Josemaría había de emprender el viaje por mar con destino a Italia. Celebró la Santa Misa en el pequeño oratorio del Centro de Muntaner, que presidía un hermoso cuadro de la Inmaculada. En el frontal destacaban, grabadas a fuego, las figuras de dos ciervos y unas palabras del Salmo XLI: *Sicut cervus desiderat ad fontes aquarum* (Ps XLI,2). Antes de la Misa el Padre dirigió la meditación a sus hijos que en aquel momento le acompañaban: una oración en voz alta que, pese a los años transcurridos, ninguno de los oyentes ha podido olvidar.

El Fundador de la Obra comenzó su oración con una cita del Evangelio de San Mateo, donde se recogen las palabras de San Pedro, después de que el joven rico se alejara triste, por haberle faltado generosidad para corresponder a la llamada de Cristo: *ecce nos reliquimus omnia et secuti sumus te; quid ergo erit nobis?* —«ya ves que nosotros lo hemos dejado todo, y te hemos seguido. ¿Qué será de nosotros?». Y partiendo de estas palabras evangélicas, el Padre abrió su corazón como en una queja filial, a un tiempo apremiante y confiada. Decía al Señor que por él daba igual, pero que mirase a esos hijos suyos que le habían seguido: «¡¡Señor —clamaba—,

Tú has podido permitir que yo de buena fe engañe a tantas almas!? ¡Si todo lo he hecho por tu gloria y *sabiendo* que es tu Voluntad! ¿Es posible que la Santa Sede diga que llegamos con un siglo de anticipación...? *Ecce nos reliquimus omnia, et secuti sumus te* (Matth XIX,27)».

Las palabras de San Pedro nos parecían a los que escuchábamos el reflejo exacto de los sentimientos del Padre: se mezclaba la ansiedad de hallarse ante un horizonte humanamente oscuro con la segura confianza en que el Señor, por quien él y sus hijos habían dejado todas las cosas, no podía abandonarles. Aquella oración del Beato Josemaría estaba impregnada de una fe vivísima, y concluía expresando la firme esperanza de que Dios, que había querido la Obra, removería también los obstáculos formidables que en aquella hora parecían cerrar todos los caminos. «Vine a Roma —escribiría más tarde el Beato Josemaría en una carta del 25 de enero de 1961—, con el alma puesta en mi Madre la Virgen Santísima, y con una fe encendida en Dios nuestro Señor, a quien confiadamente invocaba, diciéndole: *ecce nos reliquimus omnia, et secuti sumus te: quid ergo erit nobis?* (Matth XIX,27). ¿Qué será de nosotros, Padre mío?: habíamos dejado todo: la honra —con tanta calumnia encima—, la vida entera, haciendo cada uno en su sitio lo que el Señor le pedía. Dios nos escuchó, y escribió en estos años romanos, otra página maravillosa de la historia de la Obra».

Todavía dijo el Padre algo más en aquella inolvidable oración de despedida: pidió a sus hijos que extremasen el cuidado de la fraternidad, el cariño

entre ellos. Y les dejó un encargo: pidió que el retablo que se estaba haciendo para aquel oratorio lo presidiera la imagen de la Virgen de la Merced, Patrona de la ciudad de Barcelona. En las manos de la Santísima Virgen, bajo esta hermosa advocación —la Madre que hace mercedes— puso el Beato Josemaría, con filial confianza, el trascendental negocio de almas que le llevaba camino de Roma.

## EL VIAJE EN EL «J. J. SÍSTER»

El viernes 21 de junio amaneció en Barcelona con el cielo encapotado, lluvia intensa y fuertes rachas de viento. Era un hecho poco normal en la segunda quincena de junio, y el encargado de escribir el «diario» del «Paláu» no deja de expresar su extrañeza: «El tiempo continúa haciendo de las suyas, pues amanece diluviando y con bastante fresco ¿otra vez el invierno?!». A primera hora de la mañana el Beato Josemaría fue con algunos de nosotros a la basílica de la Merced y allí, a los pies de la Virgen, se encomendó filialmente a Ella y puso especialmente en sus manos el gran asunto que estaba pendiente en Roma. Regresó el Padre a la «Clínica», mientras Francisco Ponz y yo fuimos a las oficinas de la «Transmediterránea» para recoger los

pasajes con destino a Génova. Los tenía en su poder el Inspector de la Compañía, don Antonio Dezcallar quien nos dijo que con mucho sentimiento por su parte no había podido reservarnos más que un camarote interior, pues el «J. J. Síster», entonces el único medio de transporte regular para salir de España hacia Europa, iba completamente lleno. Damos gracias a Dezcallar, pues había hecho cuanto estaba en su mano por encontrarnos pasaje, pese a habérselo pedido con muy poco tiempo. Volvimos a Muntaner para, a las diez y media, marchar al puerto con el Padre, pues la salida del barco estaba prevista para las doce del mediodía. Pero al llegar al muelle sufrimos un pequeño desencanto: debido al mal tiempo que había impedido la carga, el barco retrasaba la salida y el embarque de los pasajeros sería a las cuatro de la tarde.

— Mi condición de isleño y la reiterada experiencia de viajes por el Mediterráneo me hacía observar con preocupación los signos atmosféricos que parecían presagiar un mal viaje marítimo. Recuerdo que las palmeras y demás árboles del Paseo de Colón, cercano al puerto, se doblaban por la fuerza del viento. Cuando a las cuatro volvimos para embarcar ya no llovía, pero el vendaval soplabá con tanta o más fuerza que por la mañana. El Padre no había viajado nunca por mar, y como es lógico no podía advertir —o al menos no relacionaba— el mal tiempo en la tierra con el temporal que, sin lugar a dudas, nos esperaba en la mar. Subimos por la pasarela y fuimos en busca del camarote que teníamos reservado. Era —como ya se ha dicho— un camarote

interior, sin ojo de buey o ventanilla por donde pudiera entrar el aire o la luz del día, y de dimensiones reducidísimas. Tenía entrando a mano derecha dos literas superpuestas, un diván a la izquierda —que podía convertirse en una tercera litera— y al fondo un lavabo. La única iluminación era la tenue luz de unas lamparillas eléctricas, que parecían tan antiguas como el barco. Tras dejar el equipaje, el Padre subió a cubierta: hacia las seis zarpó por fin el «J. J. Síster». En el muelle, Francisco Ponz y el chofer Miguel Chorniqué saludaban agitando el brazo en señal de despedida, y allí continuaron hasta que les perdimos de vista.

El documento más fidedigno para reconstruir el viaje es probablemente una carta que por encargo del Padre escribí desde Roma a España el 24 de junio, es decir al día siguiente de nuestra llegada. Reproduciré por tanto algunos párrafos de la carta, que tiene la ventaja de recoger, bien recientes aún, las impresiones de aquella singular aventura. Apenas rebasada la bocana del puerto de Barcelona, comenzaron a sentirse unos bandazos alarmantes. Habíamos entrado en el comedor y creí prudente aconsejar al Padre que en vez de esperar la cena fuéramos rápidamente al camarote, pues aquellos movimientos, cada vez más fuertes, eran el anuncio de que la travesía iba a ser muy mala. «Y en buena hora lo hicimos —dice la carta— pues el jaleo que se organizó fue de órdago...; ¡y pensar que aquel era el bautismo de agua salada del Padre! Pasamos diez o doce horas de verdadero infierno... No se oía más que el estruendo de las vajillas que se destrozaban,

los muebles corriendo de un sitio a otro, las señoras gritando “¡nos hundimos, Dios mío! ¡peligro, ay, ay, ay!”; y las bombas achicando continuamente el agua que entraba por todas partes: en primera teníamos el “office” inundado; en segunda, en los camarotes, el agua llegaba a las rodillas, la cubierta era materialmente barrida por las olas...».

Tal vez alguien pudiera pensar que había cierta exageración, demasiado dramatismo, en estas letras, escritas cuando apenas habían transcurrido cuarenta y ocho horas de la llegada a Italia. Para ilustración del lector y como confirmación de la verdad de aquellas noticias, puede ser útil aportar un testimonio tan frío y desapasionado como la página del «diario de navegación» del «J. J. Síster», redactada por el capitán del barco a la llegada a Génova; dice así, textualmente: «Comenzamos la presente singladura con viento fresquito del NNW y marejada del mismo, que van aumentando de intensidad poco a poco. A medida que navegamos refresca el viento NNW duro, que levanta mar muy gruesa, obligando al buque a dar grandes bandazos y embarcando continuos golpes de mar sobre cubierta. Llevamos las escotillas cerradas para evitar que entre agua en las bodegas, pero no podemos impedir que se moje la fruta que llevamos a popa sobre cubierta, por los continuos golpes de mar que allí llegan. Por todo lo cual hago constar la presente protesta contra cargadores, receptores y todo aquel que hubiere lugar, por las averías que pueda sufrir la carga durante el viaje y los daños que cause al buque». El «diario» está firmado en Génova el 22

de junio de 1946 por el capitán José M.<sup>a</sup> Samitier. El capitán solicitó la intervención judicial y tanto la protesta de «avería» como los otros datos del viaje fueron visados por un juez de Génova, que firmó y selló estos documentos, lo que constituye un claro indicio de que la carga sufriría importantes daños, de resultas del temporal.

Un informe técnico redactado con posterioridad precisa que el viento era el famoso «mistral», que azota el golfo de León, proveniente del «embudo» del valle del Ródano. «Se ve —dice— que el barco pasó una noche y amanecida bien dura, ya que la derrota que tenía que seguir era la menos adecuada para capear el temporal». Esa derrota de oeste a este «hacía que las olas cogiesen al “J. J. Síster” casi de través, con lo cual los bandazos debían ser peligrosos». En el «diario de navegación» figuran también las condiciones de la velocidad del viento, que vienen a corroborar la violencia de la tempestad. El viento, que era de fuerza siete de la escala de Beaufort a las cuatro de la madrugada, alcanzó la fuerza ocho a las ocho de la mañana. La mar que produce este viento es la que se designa con el término de «mar arbolada», con olas de seis a nueve metros de altura.

Pero volvamos a los aspectos humanos de la aventura: lo peor que quizá tienen los temporales en el mar es que parece que no acaban nunca. Aquel que padecemos en este viaje debió durar entre quince y dieciocho horas: toda la noche y buena parte de la mañana del sábado, 22 de junio. El Padre que ocupaba la litera inferior del camarote lo pasó muy

mal. Yo, para estar a su misma altura, no subí a la litera superior, sino que me tumbé sobre el diván; podía así permanecer más cerca de él, atenderle en lo que fuese capaz y sobre todo charlar con él durante aquellas horas interminables. El mal estado de salud, el mareo, y el hecho de ser aquel su primer viaje marítimo, todo contribuía a aumentar el sufrimiento físico del Padre. Pero, aunque parezca mentira, nunca perdió, no ya el ánimo, sino incluso la alegría y el buen humor. «¡Padre —le dije en alguna ocasión— no se preocupe, que estamos en el golfo de León y aquí la mar es siempre muy mala!». «¡Pues hay que ver —me respondió— de qué manera el diablo ha metido el rabo en el golfo de León! ¡Está visto que no le hace ninguna gracia que lleguemos a Roma!». Y en algunos momentos en que el barco, zarandeado por el oleaje, adoptaba posturas inverosímiles, me decía en tono de broma: «¡Pepe, me parece que vamos a volver a Madrid convertidos en merluza», o «Pepe, ¿sabes lo que te digo? Pues que si nos vamos a pique y nos comen los peces, Perico Casciaro, con lo melindroso que es, no vuelve a probar la pescadilla en toda su vida!».

Por fin, cerca del mediodía amainó la violencia del temporal, salió el sol y las aguas se fueron apaciguando poco a poco. Pensé que el Padre se sentiría mejor al aire libre que en el oscuro e inhóspito camarote, y así fue, afortunadamente. En cubierta, el salitre que había dejado el agua del mar se advertía por doquier y sus huellas llegaban hasta la propia chimenea. El Padre charló un buen rato con el

capitán, que comentaba las incidencias de la tormenta y se sintió incluso con ánimos de tomar una taza de café con leche y algunas galletas, su único alimento en toda la travesía. En aquellas horas, paseando por la cubierta, tuvimos además ocasión de contemplar un par de cosas que resultaban insólitas hasta para los más habituados a los viajes marítimos.

El primer espectáculo fue el encuentro con tres bandas de ballenatos —ballenas de clase pequeña—, que echaban grandes surtidores de agua cada vez que emergían para respirar. Se trataba de un fenómeno que, según los marineros del barco, se produce raramente en el Mediterráneo. Como es de suponer, la aparición de las ballenas trajo de inmediato a nuestra mente el relato bíblico del profeta Jonás, que cobraba a nuestros ojos renovada actualidad. El segundo espectáculo poco tenía que ver con los antiguos recuerdos y sí, mucho, con la historia más reciente. En un determinado momento advertimos que el «J. J. Síster» viraba bruscamente a estribor y pronto pudimos darnos cuenta de la razón de la maniobra: a proa del barco había aparecido una mina a la deriva.

En junio de 1946 apenas había transcurrido un año desde la terminación de la II Guerra Mundial, en el curso de la cual los dos bandos habían sembrado de minas las aguas donde se combatía. La mina fue avistada desde el puente con bastante antelación, pues lucía el sol y la visibilidad era buena: la gran esfera metálica de color oscuro, erizada de tubos o pinchos, pasó a babor del buque y pronto

la dejamos atrás. Fue un incidente trivial, que no tuvo ninguna consecuencia. Pero años después, hablando con un amigo que era oficial de Marina, y además ingeniero naval, se me ocurrió preguntarle qué habría podido ocurrir de haber topado el barco con el artefacto bélico. Mi amigo me respondió que, ya desde antes de la I Guerra Mundial, una Convención internacional, no recuerdo si de La Haya o de Ginebra, al regular el uso de las armas en la guerra del mar, había dispuesto que las minas tendrían que ir provistas de un seguro, que funcionase automáticamente e impidiera la explosión en el caso de que se hubiesen soltado de su «anclaje» y anduvieran sin rumbo a la deriva. El problema estaba en si los beligerantes cumplían o no esas normas al fabricar las minas, y en saber, también, si el seguro funcionaría correctamente o se habría inutilizado, después de años de permanecer el artefacto bajo el agua. La conclusión del marino fue que en cualquier caso era mejor no haber hecho la prueba. En esta ocasión, esa prueba fue bien fácil de evitar. Otra cosa hubiera sido de haberse producido el encuentro con la mina durante la noche o en medio del temporal, cuando hubiera resultado imposible avistarla.

El temporal retrasó varias horas la llegada del «J. J. Síster» al puerto de Génova, y era ya muy entrada la noche cuando el barco atracó a los muelles. Don Alvaro y Salvador habían llegado a Génova, procedentes de Roma, a la una del mediodía y sufrieron una gran decepción cuando en la agencia de la Transmediterránea les dijeron que el «J. J.

Síster» no llegaría hasta última hora del día: el barco había salido tarde de Barcelona y la mar era mala. Don Alvaro deja constancia de su zozobra en la página del «diario» romano de aquel día: «¡Cuánto habremos encomendado que el mar fuese bueno, el viaje estupendo, etc. etc.! ¡Porque, además es el primer viaje marítimo del Padre!». A las nueve y media, don Alvaro y Salvador estaban ya en el puerto, donde aún les tocó esperar un par de horas. Les vimos durante la maniobra de atraque, desde la cubierta de proa. «¡Aquí me tienes, ladrón!» fue lo primero que gritó el Padre a don Alvaro: «¡tozudo, te has salido con la tuya!». Y al distinguir también a Salvador añadió: «¡los dos, qué alegría que hayáis venido los dos!». Pocos minutos después, colocada la pasarela, bajamos a tierra y el Padre pudo dar un abrazo fortísimo a aquellos dos hijos suyos que estaban felices al volver a encontrarle.

Don Alvaro y Salvador habían reservado unas habitaciones para pasar la noche en el Hotel Columbia y allí fuimos sin pérdida de tiempo, tan pronto fue posible salir del puerto. Al Padre se le veía contentísimo, pero a la vez exhausto. El viaje había sido agotador y desde Barcelona estaba prácticamente en ayunas y no se había puesto las inyecciones de insulina, prescritas en el tratamiento contra la diabetes. Al llegar al hotel intentamos que nos dieran algo de cenar, pero no fue posible: el comedor se hallaba cerrado y tampoco servían nada a aquella hora en las habitaciones; no quedaban en pie más que el recepcionista y el personal de vigilancia nocturna. Un poco de queso «parmigiano»,

que don Alvaro había reservado, pensando que le gustaría al Padre y unos trozos de pan, sobrantes de la bolsa de viaje traída desde Roma, fue todo lo que nuestro Padre pudo cenar, en su primera noche en tierra italiana.

## LA LLEGADA A ROMA

El domingo, 23 de junio, a las siete de la mañana, salimos a pie del hotel, en busca de una iglesia donde pudieran celebrar la Santa Misa el Beato Josemaría y don Alvaro del Portillo. Fuimos en primer lugar a una iglesia de Agustinos en vía Balbi, una de las arterias principales del casco antiguo de la ciudad; pero allí, por razones que no recuerdo y de las que no ha quedado constancia escrita, resultó imposible celebrar. En esta iglesia nos indicaron otro templo, y en una «iglesita» cercana —así aparece llamada en la carta dirigida por mí desde Roma a España el siguiente día 24— el Padre celebró la Misa en el altar mayor, asistido por Salvador Canals, mientras yo ayudaba a don Alvaro en el altar del Sagrado Corazón.

La misa de este día fue la primera celebrada por el Fundador del Opus Dei en Italia. Es muy legítimo, por tanto, el interés que han tenido los miembros italianos de la Prelatura por conocer con toda certeza la iglesia donde tuvo lugar aquella celebración. La fecha no dejaba lugar a dudas, pero la identificación del templo presentaba ciertas dificultades, porque la memoria es mala consejera y en ningún escrito contemporáneo figuraba el título de la iglesia. Además, por aquellos años de la inmediata postguerra —hasta 1950—, no se llevaban en Génova los «libros de misas», donde suelen registrarse las intenciones y los nombres de los celebrantes. Los únicos datos orientadores eran que se trataba de una «iglesita» —lo que excluía los templos grandes de aquel entorno, como las basílicas de la «Annunziata» y del Carmen—, y que en esa pequeña iglesia existía entonces un altar dedicado al Sagrado Corazón. Menciono estos pormenores porque cuando, al cabo de los años, se trató de investigar la cuestión, la tarea no resultó fácil y yo mismo hube de realizar dos viajes a Génova para estudiar el problema *in situ*. La búsqueda dio finalmente resultado y quedó claro que el templo donde el Padre celebró la primera Misa en suelo italiano fue la iglesia parroquial de «San Sisto Papa e Maria Bambina», situada en una calleja del barrio viejo de Génova, cercana al hotel y no lejos del puerto. «Maria Bambina» —María Niña— es una advocación de la Virgen, muy extendida en Liguria. Pero resulta comprensible que un título tan peculiar como el de esta iglesia resultara difícil de recordar y no figure, por tanto,

en los «diarios» ni en los otros documentos contemporáneos.

Para el viaje por carretera de Génova a Roma, la experiencia sufrida en el anterior mes de febrero sirvió de saludable escarmiento. Esta vez no hubo coches de condes ni chóferes aficionados. Don Alvaro contrató un automóvil antiguo pero seguro y con un conductor profesional al volante. El vehículo llevaba «traspontines» —donde nos acomodamos Salvador y yo— y un cristal separaba el ámbito de los viajeros del conductor, con el que podían comunicarse por medio de un telefonillo interior. Gracias a ese aislamiento —que don Alvaro había procurado previsoramente— el Padre podría hablar con toda libertad, durante las largas horas que habíamos de pasar en el camino. A las 9 emprendimos la marcha, pero antes de salir de la ciudad nos estaba todavía reservada la suerte de ser testigos presenciales de un acontecimiento «histórico».

Al llegar a una avenida que era preciso atravesar para alcanzar la carretera de Roma, el paso se hallaba cortado por una singular manifestación o «cortejo cívico», que nos obligó a detenernos. Muchos de los manifestantes llevaban camisas rojas, y ese color podía hacer pensar que se trataba de un desfile comunista. Pero pronto advertimos que no era así: las camisas rojas eran el viejo uniforme garibaldino y todo aquel tropel de gente formaba parte de un cortejo funerario, que acompañaba los restos mortales de Giuseppe Mazzini. Este célebre tribuno del «Risorgimento» había sido el creador de la República romana, tras la revolución que obligó

a Pío IX en 1848 a abandonar los Estados Pontificios y refugiarse en Gaeta, ciudad entonces del Reino de Nápoles. La República romana de Mazzini duró poco, y si el «Risorgimento» siguió progresando, no fue por la vía republicana sino bajo las banderas de la Casa de Saboya, que consiguió realizar la unidad italiana y, tras la desaparición de los Estados del Papa en 1870, hizo de Roma la capital del nuevo Reino de Italia.

Mazzini, insobornable republicano, no aceptó la Monarquía de los Saboya y anduvo exiliado por varios países de Europa. Pero retornó a Italia con el nombre supuesto de doctor Brown y, mientras se hallaba en Pisa, falleció el 10 de marzo de 1872. Parece que antes de morir dispuso que nadie moviera sus huesos de la tumba hasta que en Italia hubiera triunfado la República. Y esto era, justamente, lo que acababa de ocurrir poco antes de nuestra llegada. El referéndum del 2 de junio había dado la victoria a la República, el día 10 el Tribunal Supremo proclamó oficialmente el resultado y el 14 el rey Humberto II abandonó el país. Los viejos republicanos debieron recordar la última voluntad de Mazzini, y ahora llevaban con pomposa solemnidad sus restos, para ser enterrados en algún honroso panteón de Génova, su ciudad natal. El desfile pasó ante nosotros y, una vez terminado, pudimos emprender por fin el viaje. Desde el asiento del coche, el Beato Josemaría tuvo ocasión de contemplar el primero de los muchos espectáculos insólitos que le tocaría presenciar durante los casi treinta años de su permanencia en Roma.

El viaje de Génova a Roma fue completamente feliz y no registró el menor incidente, aunque la lluvia no dejó de caer en toda la mañana. «Más que Italia —escribí a Madrid— aquello parecía Escocia». En una Península italiana todavía sin autopistas, se necesitaban al menos doce horas para recorrer, en dirección norte a sur, la distancia que separa a las dos ciudades. El Padre hablaba de proyectos para el futuro trabajo apostólico de la Obra y recuerdo que me produjo sorpresa su anuncio de que el Opus Dei crearía algunos —muy pocos— centros de enseñanza media. Unos años más tarde, Gaztelueta, sobre la entrada de la ría de Bilbao, sería el primero de estos colegios que son obras corporativas, esto es, una labor apostólica de la que el Opus Dei, como corporación, asume la responsabilidad de la orientación doctrinal y espiritual. El día fue declinando y hacia las nueve y media de la noche, en una de las revueltas de la vía Aurelia, que seguía nuestro coche, a la luz incierta del crepúsculo vespertino, surgió ante nuestros ojos la silueta inconfundible de la cúpula de San Pedro. El Beato Josemaría visiblemente conmovido, rezó en voz alta el Credo. Era el anuncio de que estábamos a las puertas de la Urbe, de aquella Roma papal, cabeza y corazón de la Cristiandad, en la que había soñado tantas veces en su vida. Por aquel entonces, la campaña romana llegaba casi hasta los muros de la Ciudad del Vaticano, y no existían los grandes barrios de nueva construcción que ahora extienden hasta mucho más lejos el perímetro urbano. Por eso, a los pocos minutos entrábamos en las calles de la antigua Roma

trastiberina y tras bordear la columnata de Bernini, el coche se detenía en la Plaza «della Città Leonina», donde estaba emplazado nuestro nuevo domicilio.

El cambio de residencia desde la Plaza Navona a la de la «Città Leonina» se había efectuado durante las semanas —un mes, aproximadamente— en que estuve ausente de Roma. El traslado quedó ultimado varios días antes de nuestra llegada, de manera que éste —el nuevo— fue ya el primer domicilio de nuestro Padre en la Ciudad Eterna. La casa era una parte del «appartamento» de la familia Gawronski, que nos lo había alquilado. Se encontraba ubicado en la última planta de un edificio de viviendas y tenía una galería cubierta que dominaba, más allá de la Columnata, la propia Plaza de San Pedro. Frente a nosotros se alzaba la Basílica y más a la derecha la mole del Palacio Vaticano, por lo que podía decirse sin exageración que éramos vecinos inmediatos del Papa.

Estos pisos pertenecían a un grupo de manzanas de casas, construidas a raíz de la firma del Tratado de Letrán, que puso punto final a la «Cuestión Romana». En los ambientes de la Curia se decía que, al negociarse los «Pactos Lateranenses», Mussolini deseaba que el Estado Vaticano fuera más extenso, y a tal efecto sugirió que comprendiera también la gran «Villa Pamphili», donde incluso hubiera podido construirse un aeródromo. Parece que Pío XI prefirió que el Estado del Papa fuera tan reducido como es ahora: la Ciudad del Vaticano y los enclaves extraterritoriales que le pertene-

cen, como la «villa» de Castelgandolfo y las grandes Basílicas romanas, con los edificios anejos. A cambio de ello, el Papa solicitó adquirir los solares que lindaban inmediatamente con su territorio, para levantar sobre ellos bloques de casas de su propiedad, que cedió luego en arrendamiento a personas de su confianza, con el fin de asegurarse en lo posible una buena vecindad. En uno de esos bloques se hallaba la pequeña residencia de «Città Leonina».

La señora Gawronski que nos subarrendó una parte de su piso llevaba este apellido como esposa de un aristócrata y diplomático polaco. Pero ella era italiana, hija de un senador Frassati, de ilustre familia liberal, que había sido embajador en Berlín y fundador de «La Stampa», el prestigioso diario de Turín que sigue siendo hoy uno de los «grandes» de la prensa italiana y europea. La señora Gawronski-Frassati era muy apreciada en la Santa Sede por ser hermana de Pier Giorgio Frassati, un vástago de aquella stirpe liberal, pero destacado universitario católico en la Italia de los años veinte, muerto muy joven en olor de santidad y que Juan Pablo II ha beatificado, llevándolo al honor de los altares.

Era ya tarde cuando llegamos a casa. El Padre estaba muy cansado, tras cinco días de viaje, por lo que, después de cenar y tener una breve tertulia, deseábamos que se acostara cuanto antes. Pero no ocurrió así: fue él quien nos mandó a nosotros a acostar, mientras se quedaba a solas en la galería, frente a la Basílica que alberga la tumba de San

Pedro, y el Vaticano, envuelto en sombras, residencia del sucesor de Pedro y Vicario de Cristo. No resultó fácil dormir en aquella noche: una y otra vez nos levantamos para asomarnos silenciosamente a la galería, y allí permanecía el Beato Josemaría. El Fundador de la Obra quiso pasar en vela y orando su primera noche romana. Quiso seguir el ejemplo del Señor en su vida pública cuando *erat pernoctans in oratione Dei*, «pasaba la noche en oración a Dios» (Cfr. Lc VI,12).

Años más tarde, el propio Beato Josemaría recordaría, en una *Carta* del 7 de octubre de 1950, aquella primera noche que pasó en la Urbe y la lección que para él se derivó de aquel gesto:

«Recordaré siempre las primeras horas de esta estancia mía en la Ciudad Eterna. Habíamos alquilado parte de un *appartamento* en el último piso de una casa de la Piazza della Città Leonina, junto al Vaticano, y me parecía que, viviendo allí, nuestro vecino más próximo era el Santo Padre.

Pensad con cuánta confianza recé por el Papa, aquella primera noche romana, en la terraza, contemplando las ventanas de las habitaciones pontificias. Después fui tan ingenuo que se lo conté a una persona —un viejo Prelado de la Curia— y sé que se lo refirió a otros y que muchos se rieron de mí.

En un primer momento, esa murmuración me hizo sufrir; después ha hecho surgir en mi corazón un amor al Romano Pontífice, menos *español* —que es un amor, que brota del entusiasmo—, pero mucho más firme, porque nace de la reflexión: más teoló-

gico y —por tanto— más profundo. Desde entonces suelo decir que *en Roma he perdido la inocencia*, y esta anécdota ha sido de gran provecho para mi alma».

## «PRIMORDIA ROMANA»

*Primordia*, comienzos, primeros tiempos, primeros trabajos, primeros frutos. Yo sólo fui testigo de las primerísimas semanas de la presencia del Fundador del Opus Dei en Roma, una presencia que estaba destinada a convertirse en definitiva, y que se prolongó durante treinta años: hasta el final de su vida. Don Alvaro del Portillo y Salvador Canals se hicieron también romanos para siempre, como el Beato Josemaría; yo, en cambio, cuando apenas habían transcurrido quince días, regresé a España y nunca más volví a tener residencia estable en Roma. ¿Cuáles son mis recuerdos de aquellos días, tan cortos en tiempo, pero con un indudable aroma histórico de amanecida? Trataré de exponerlos al lector, con ayuda de las fuentes documentales que he podido encontrar.

Puedo atestiguar que una de las primeras alegrías del Padre a su llegada a Roma fue conocer a Vladimiro Vince, su primer hijo croata. Con su penetrante mirada de Buen Pastor, percibió enseguida la grandeza de alma de aquel muchacho, llegado a la Obra desde sus tierras eslavas. Un hombre joven, que Dios había querido que fuese la primera vocación al Opus Dei en la ciudad más universal del mundo, que es cabeza de la Cristiandad y centro vital de la Iglesia Católica. El lunes, 24 de junio, por la mañana, el Beato Josemaría celebró su primera Misa en Roma, y lo hizo ayudado por Vlado, en un altar improvisado en el vestíbulo de la casa. Quiso el Padre que Vlado se quedara a comer con nosotros, y así pudo asistir después del almuerzo a la primera tertulia de familia —la reducidísima familia— que tuvo en Roma con sus hijos el Fundador de la Obra.

«Católico, Apostólico, ¡Romano! —Me gusta que seas muy romano. Y que tengas deseos de hacer tu “romería”, “videre Petrum”, para ver a Pedro». Así había escrito bastantes años antes el Beato Josemaría, al redactar el punto 520 de «Camino». Para él había llegado ahora la ocasión, desde tanto tiempo deseada, de «ver a Pedro», y además la Providencia había dispuesto que su primera residencia romana estuviera a un paso, lo más cerca posible, de la tumba del Apóstol. Pensaba yo que el Padre, tan pronto como pudiera, se apresuraría a cruzar la Plaza, para visitar la Basílica de San Pedro. Lo pensaba, porque sabía bien con qué ilusión había esperado desde sus años de juventud que llegara

este momento. Por eso no pudo dejar de sorprenderme que fueran pasando las horas de aquel 24 de junio sin que el Beato Josemaría, cuya mirada volaba desde la galería a la vecina Basílica, hiciera ademán de salir a la calle. Pasó la mañana, llegó la tarde y por fin la noche, sin que el Padre se moviera de casa. Al final del día «entendí» la razón verdadera de la conducta del Padre: como el sediento que llega al borde de las aguas y ofrece a Dios el sacrificio de no precipitarse sobre ellas, así el Fundador de la Obra quiso ofrendar al Señor la costosa renuncia que significaba para él estar en Roma y a un paso de San Pedro y demorar, hora tras hora, la satisfacción de uno de los más vivos deseos de su vida.

El martes 25 por la mañana, estando don Alvaro y Salvador fuera de casa, el Padre vino en mi busca y dijo: «Pepe, acompáñame a San Pedro». Salimos a la calle, cruzamos la gran plaza y llegamos a la Basílica. Iba el Padre recogido y en silencio —apenas dijo nada en todo el trayecto— y al entrar fue derecho al altar de la Confesión, donde se veneran, rodeadas de lámparas votivas, las reliquias del Apóstol. Pasó allí un buen rato rezando; al terminar, camino de la puerta de salida, fue observando el grandioso interior del templo. Tengo la sospecha de que la impresión que San Pedro le causó en aquella primera visita no fue demasiado entusiasta, aunque tampoco negativa. Creo recordar que me comentó que era razonable que la Iglesia necesitara tener un escenario como aquel para la celebración de las grandes solemnidades.

El Padre sufrió bastante en los primeros días, a consecuencia del agotamiento del viaje y del tremendo calor que comenzó a hacer en Roma, todo ello agravado por su mal estado de salud. «¡Aquí está el fardo! —decía— ¡ya os habéis salido con la vuestra!». Pero la noticia de que la Santa Sede había concedido licencia para tener en casa el oratorio con el Santísimo, fue una buena nueva que galvanizó sus energías y le lanzó a preparar con todas sus fuerzas una digna acogida al Señor. Como tenía por costumbre —una costumbre que enseñó a sus hijos, para que se observara siempre en los Centros de la Obra—, la mayor y mejor habitación de aquella pequeña casa quedó convertida en oratorio. Y el Padre comenzó a recorrer las tiendas de anticuarios y chamarileros, tan abundantes en Roma, a la busca de las cosas indispensables para montar con decoro el oratorio: pronto pudimos conseguir, entre otros objetos, un Cristo de mármol, dos grandes candeleros y cuatro cuadros antiguos, todo a bastante buen precio. Luego, en casa, trabajaba con tal intensidad en la instalación que nosotros —los jóvenes— le seguíamos con la lengua fuera y, al llegar la noche, nos sentíamos agotados «Padre —le decíamos en broma—, y eso que decía usted que había venido como un fardo!; ¡si no llega a ser así!». El miércoles, 3 de julio, el Beato Josemaría, al celebrar la Santa Misa, dejó al Señor en el sagrario. Era el primer sagrario en un Centro romano del Opus Dei.

En aquellos primeros días de su estancia en la Ciudad Eterna, el Fundador de la Obra hizo algunas visitas —al Cardenal Tedeschini, por ejemplo—

y recibió muchas más. Ya al día siguiente de su llegada vinieron a verle los canonistas de la Curia que más habían de intervenir —como técnicos— en la aprobación del Opus Dei. Uno de ellos era el futuro Cardenal Larraona, con el que el Padre mantuvo a solas una larga entrevista. Algún otro visitante llegó, que era fácil adivinar que venía movido, sobre todo, por la curiosidad. El Padre le recibió, como a todos, con abierta cordialidad; pero después de que hubo marchado, nos comentó con su buen humor de siempre: «¡éste ha venido a ver al bicho!». El 29 de junio, festividad de San Pedro y San Pablo, llegó un visitante que traía al Padre algo que hubo de proporcionarle particular alegría.

Quando don Alvaro supo que el Beato Josemaría iba a venir a Roma, pensó que nada podría satisfacerle tanto como recibir alguna muestra de afecto de parte del Santo Padre, e hizo las gestiones que pudo en tal sentido. Las gestiones dieron un resultado que superó todas las previsiones. La víspera de San Pedro se recibió una llamada telefónica del Padre Enrique Pérez, jesuita español, uno de los directores de Radio Vaticano, con el que manteníamos desde hacía años una cordial relación: deseaba saber si el Padre podría recibirle al día siguiente por la mañana; le contestamos que viniese a la hora que mejor le conviniera, pues el Padre le esperaba y le recibiría con mucho gusto. El P. Pérez, por razón de su trabajo en la Radio, tenía frecuente trato personal con el Papa, y el Santo Padre se sirvió de él para hacer llegar al Beato Josemaría aquella prueba de afecto que don Alvaro deseaba. Consistió

ésta en una fotografía del Pontífice, con la impronta en seco del sello papal, y en cuyo reverso llevaba una Bendición, dirigida al Padre como Fundador de la Obra, toda ella escrita por el Papa de su puño y letra, y fechada en Roma el mismo día 28 de junio. Conviene advertir que esas Bendiciones autógrafas eran entonces rarísimas y no se concedían a casi nadie. Fue aquello, sin lugar a dudas, un gesto de deferencia poco común por parte de Pío XII, que produjo al Padre una inmensa satisfacción.

Un último recuerdo guardo todavía, de aquellas cortas semanas en que tuve la suerte de vivir en Roma, a la vera del Fundador del Opus Dei: el recuerdo de una Misa celebrada por el Beato Josemaría en un lugar excepcional, las Catacumbas de San Calixto. El Padre había sentido siempre particular devoción por los primeros cristianos; los consideraba el modelo más fiel para la vocación cristiana de los miembros del Opus Dei, aunque para llegar a ellos hubiera que remontarse hasta muy atrás: más allá de los siglos en que la tradición ascética cristiana siguió las vías del *contemptus mundi*, la vida religiosa y los estados de perfección. Los primeros cristianos —a semejanza de lo que deseaban ser los miembros de la Obra— eran ciudadanos corrientes en medio del mundo, y en nada se distinguían —siendo discípulos de Cristo— de los demás hombres y mujeres de su tiempo. Las Catacumbas de San Calixto, en la Vía Apia, constituyen uno de los legados más genuinos de la primitiva cristiandad romana. Allí fuimos el jueves 4 de julio, acompañando al Padre, todos sus hijos entonces presentes

en Roma. El Beato Josemaría celebró la Misa en la cripta de los Papas, mientras don Alvaro lo hacía en la de Santa Cecilia.

El sábado, 6 de julio, a última hora de la tarde, marché de Roma camino de Génova, para desde allí proseguir viaje en el «J. J. Síster» hacia España. Era la misma ruta, en sentido inverso, que había recorrido con don Alvaro en el mes de febrero y, hacía apenas unas semanas, acompañando al Fundador de la Obra. Pero para mí este viaje significaba la definitiva despedida de Roma, y también la conclusión del testimonio directo que puedo aportar sobre los comienzos de la historia del Opus Dei en la Ciudad Eterna.

## A MANERA DE EPÍLOGO

Unas palabras finales, escritas a título de simple historiador, no de testigo; pero las estimo necesarias, porque conviene recordar al lector cuales fueron los principales acontecimientos que jalonaron el camino de la aprobación pontificia del Opus Dei: esa aprobación que había motivado la venida a Roma del Fundador de la Obra y de don Alvaro. El lunes, 8 de julio, el Padre tuvo su primera y cordialísima entrevista con Mons. Montini, en la Secretaría de Estado. Algunos días después —el martes, 16— fue recibido en audiencia por el Papa Pío XII. Todavía, avanzado el mes de agosto, volvería el Padre a entrevistarse con Mons. Montini y seguiría en Roma trabajando, a pesar de los calores del «Ferragosto» y del empeoramiento de su estado de salud. Por fin, el 31 de agosto, el Beato Josemaría

y don Alvaro pudieron marchar en avión a España, llevando consigo una «carta de alabanza de los fines» de la Obra, presagio significativo de la futura aprobación.

La aprobación pontificia llegaría medio año más tarde. El Beato Josemaría había regresado a Roma el 8 de noviembre, y el 24 de febrero de 1947 la Santa Sede —a tenor de las normas de la Constitución Apostólica *Provida Mater Ecclesia*, sancionada el día dos de aquel mes— otorgó al Opus Dei el *Decretum laudis*, que le confería la condición de institución de Derecho universal, en el ordenamiento jurídico de la Iglesia. Ese era —así pudo parecernos entonces— el término feliz de un intenso y prolongado esfuerzo. Pero en realidad no era más que el final de un capítulo: uno de los capítulos de un itinerario que tardaría aún varias décadas en llegar a su definitivo término, el 28 de noviembre de 1982, con la erección del Opus Dei como Prelatura Personal, por la Constitución Apostólica *Ut sit*, del Papa Juan Pablo II. La muerte del Fundador de la Obra, el 26 de junio de 1975, y su Beatificación, el 17 de mayo de 1992, son los acontecimientos más relevantes de la vida del Opus Dei que es obligado recordar, como coronamiento de este relato histórico.

## OTROS TÍTULOS SOBRE EL OPUS DEI

ESTE LIBRO, PUBLICADO POR  
EDICIONES RIALP, S. A.,  
ALCALÁ, 290, 28027 MADRID,  
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN  
GRÁFICAS RÓGAR, S. A.,  
FUENLABRADA (MADRID),  
EL DÍA 2 DE OCTUBRE DE 1995,  
FESTIVIDAD DE LOS SANTOS ANGELES CUSTODIOS

## OTROS TÍTULOS SOBRE EL OPUS DEI

- Montse Grases. La alegría de la entrega* (3.ª edición). JOSÉ MIGUEL CEJAS.
- Vida del Beato Josemaría* (4.ª edición). JOSÉ MIGUEL CEJAS.
- Un regalo del Cielo. Alexia y su familia* (2.ª edición). PEDRO ANTONIO URBINA.
- Viaje al fondo de la esperanza* (6.ª edición). JOSÉ LUIS OLAIZOLA.
- Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei* (8.ª edición). Mons. ALVARO DEL PORTILLO.
- El Opus Dei en la Iglesia* (4.ª edición). PEDRO RODRÍGUEZ, JOSÉ LUIS ILLANES MAESTRE y FERNANDO OCÁRIZ.
- El Opus Dei. Una explicación* (3.ª edición). RAFAEL GÓMEZ PÉREZ.
- Historia de un sí* (4.ª edición). MIGUEL ÁNGEL CÁRCELES e ISABEL TORRA.
- Memorias de Roma en guerra (1942-1945)*. JOSÉ ORLANDIS.
- Maestro de buen humor* (5.ª edición). JOSÉ LUIS SORIA.
- Años de juventud en el Opus Dei*. (5.ª edición). JOSÉ ORLANDIS.
- Montse Grases. Biografía breve*. JOSÉ MIGUEL CEJAS.
- En el corazón de Kenia. 25 años de mi vida en el Opus Dei*. (3.ª edición). ESTHER TORANZO.
- Trabajando junto al Beato Josemaría*. RAFAEL GOMÉZ PÉREZ (3.ª edición).
- Soñad y os quedaréis cortos*. PEDRO CASCIARO (8.ª edición).
- José María Somoano en los comienzos del Opus Dei*. JOSÉ MIGUEL CEJAS.

y don Álvaro pudieron marchar en avión a España, llevando consigo una carta de abtanza de los líderes de la Obra, preavio significativo de la futura aprobación.

La aprobación pontificia llegaría medio año más tarde. El Beato Josemaría había regresado a Roma el 3 de noviembre, y el 24 de febrero de 1947 la Santa Sede —a través de las normas de la Constitución Apostólica *Provida Mater Ecclesia*, sancionada el día dos de aquel mes— otorgó al Opus Dei el *Decretum laudis*, que le confería la condición de institución de Derecho público, en el entendimiento jurídico de la ley italiana. Este paso por supuesto entoces —durante 1946— no fue un proceso prolongado esfuerzo, pero sí un momento crucial al final de un camino recorrido en capítulos de un itinerario que había comenzado en 1928, con la creación del Opus Dei como *Prestitum personal*, por la Comisión Apostólica IV m. del Papa José Pablo II. La muerte del Fundador de la Obra, el 26 de junio de 1975, y su beatificación, el 17 de mayo de 1992, son los acontecimientos más relevantes de la vida del Opus Dei que es obligado recordar, como cronológicamente de este relato histórico.